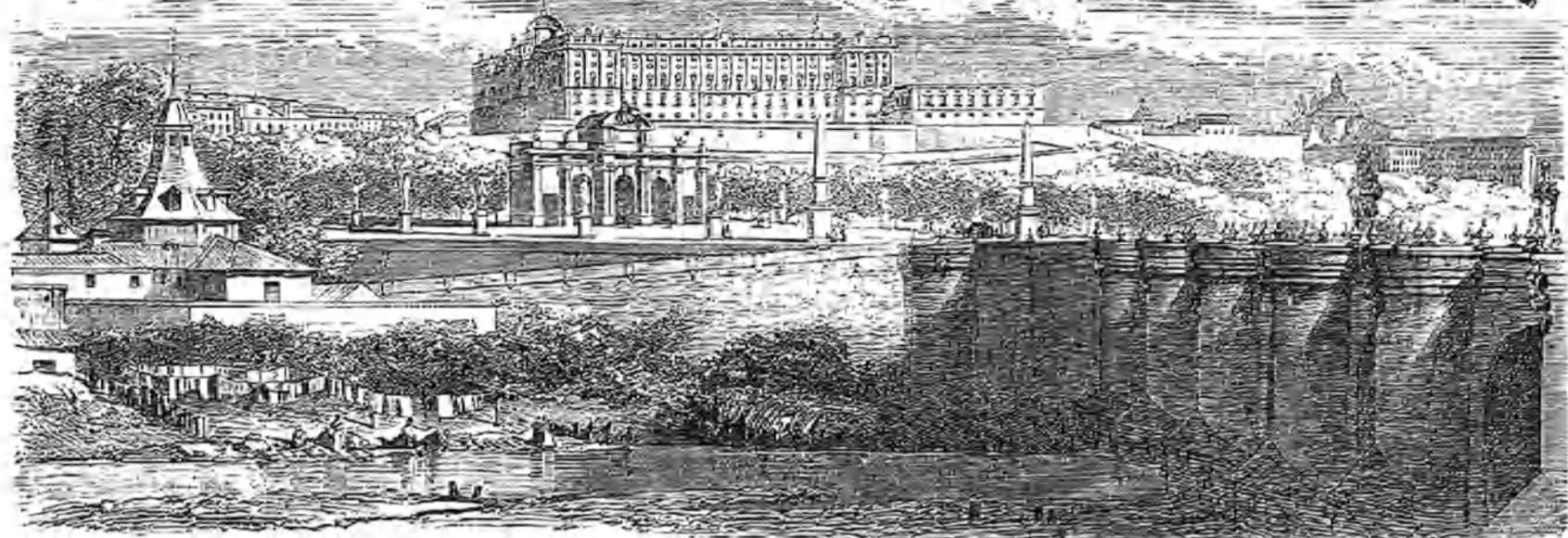


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JULIO DE 1870.

NÚM. 14

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Eybe.—El Jurado en Portugal, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Ejército español. Ingenieros, por D. Eduardo de Mariátegui.—Tradiciones gallegas. La compañía, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencia Jandé.—Marruecos, por D. Antonio de San Martín.—Cantiga (poesía), por D. J. Tomez y Benedicto.—Armonías íntimas (poesía), por D. Manuel del Palacio.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—D. Segismundo Moret y Prändergast, actual ministro de Ultramar, por B.—Costumbres del siglo xvii. El corral de las comedias (continuación), por D. Julio Nouzeat.—Un grande hombre desconocido, por D. Salvador María Granés.—La ciudad de Gerona ofreciendo el laurel de la inmortalidad a los mártires de la independencia. Estátua del Sr. D. Juan Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón.—El brigadier Chinchilla.

GRABADOS.—El brigadier Chinchilla, dibujo de D. A. Perea.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón. Acto de colocar la primera piedra, dibujo del Sr. Pradilla.—Llegada de los invitados, dibujo del Sr. Bequer.—Don Segismundo Moret y Prändergast, actual ministro de Ultramar, de una fotografía del Sr. Lacort.—La ciudad de Gerona. Estátua del Sr. Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro, de una fotografía del mismo.—El ejército español. Ingenieros, fotografía del mismo.—Estátua de D. José I en la Plaza del Comercio de Lisboa, de una fotografía portuguesa.—El aguador ambulante. Tipo marroquí, dibujo de D. Valentín Bequer.—Un arrabast de la ciudad de Marruecos, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

ECOS.

Es indispensable, so pena de no ser leído, empezar esta sección del periódico discutiendo acerca de la guerra. La curiosidad pública, desviándose de toda clase de asuntos, se ha fijado con voluptuosidad en el espectáculo heroico de dos grandes potencias que tratan de hacer de Europa un campo de batalla. No se crea que censuro la lucha, ni la avidez con que todo el mundo se ocupa de sus detalles: antes bien hallo tan natural

aquello como esto; sólo á fuerza de cavilaciones comprendió el hombre que los dedos podían manejar el estileto ó la pluma para escribir las ideas; seguro estoy de que la rama del primer árbol indicó al primer hombre la conveniencia de armarse de un garrote. O lo que es lo mismo: mucho antes de que el género humano concibiese la idea de que es un deber ilustrar á sus semejantes, el hombre se había abandonado con frecuencia al placer de moler á palos á su prójimo. Y antes que á los filósofos aplaudieron los pueblos á los conquistadores, lo

cual se explica considerando que el pensamiento más agudo no tiene la agudeza de una lanza.

Hechas estas reflexiones, quedan justificadas la curiosidad pública y el duelo magnífico que se prepara entre el emperador Napoleon y el rey Guillermo. Toda idea civilizadora y pacífica es artificial y efecto de la educación; los instintos belicosos son naturales en el hombre. Hasta el inglés más sensato y prudente, á quien un excesivo amor á sus quijadas y una desconfianza aún mayor en sus puños le impiden dedicarse al pugilato, gasta sus chelines en ver cómo boxean dos atletas, y aplaude con entusiasmo cada golpe que hunde un pecho y cada mojicon que salta un ojo.

Dos pilluelos pelean en medio de una plaza; el impulso natural de los transeúntes es formar corro y disfrutar con alegría de aquel honesto espectáculo; si algún filántropo se interpone entre los beligerantes, seguramente gana la mala voluntad de todo el público. Pues bien: Francia y Prusia se han echado el sombrero hacia atrás y se enseñan los puños. La consecuencia es lógica. Europa ha formado corro frotándose las manos.

Bien es verdad que, aparte del deseo de contemplar la lucha por ser lucha, hay un interés científico en presentarla. Desde el garrote rudimentario hasta la bomba asfixiante, el hombre ha perfeccionado paso á paso los útiles de guerra. Á la rama de aceducho fué preciso añadirle una punta de pedernal para agujerear al enemigo, á lo cual casi se redujo la industria del hombre prehistórico: las primitivas lanzas no penetraban bien en el cuerpo humano, y hubo de sustituirse la piedra con el hierro; era irritante ver á un rival presentarse muy erguido, y se inventó la maza para aplastarle la cabeza y el hacha para dentarle sus brazos; no contentó el hombre aún inventó la medicina; subióse sobre los lomos del caballo para atropellar al enemigo y huir mejor en caso necesario, y pareciendo buenos todos los medios de causar daño, el guerrero hizo alianza con el elefante, convirtiéndolo en máquina de guerra; la ex-



EL BRIGADIER CHINCHILLA.

perencia demostró al conquistador que se maneja mejor a un pueblo dócil que a un rebaño de elefantes: sin duda acordándose de estos animales dijo un poeta:

...La trompa guerrera
Nos llama a la lid....

Ello es que sería prolijo seguir los adelantos militares poco a poco; desde las torres portátiles a las baterías rasantes; desde el hombre de armas blindado al cazador vestido a la ligera; desde el arriete a la anatralladora. Basté saber que, antiguamente, las armas del abuso servían a sus nietos, mientras las armas de Solferino habrían sido inútiles en Sadowa.

Hoy, al empezar la nueva guerra, todo el mundo se preocupa de las nuevas invenciones mortíferas que se dice hay preparadas.

La imaginación tiende su vuelo: unos suponen que el rey Guillermo opondrá a la caballería ligera escuadrones alados, y que el general Moltke se posesionará de las torres de Nuestra Señora de París montado en un Pegaso; otros afirman que los franceses poseen un cañón de tal óido, que escucha a muchas leguas de distancia los secretos prusianos; quién asegura que en la campaña no se ha de quemar un grano de pólvora ni un sólo fulminante, empleándose el agua del Rhin para inundar la Alemania; cuál sostiene que se hará la guerra por medio de periódicos ó enrareciendo el aire ó produciendo terremotos, y por último, hay quien cree que los alemanes tienen dispuesta una ópera de Wagner para hacer huir a los franceses.

Los moralistas están de enhorabuena y dicen a las gentes:

Tales medios de destruir inventa el hombre, que habrá de renunciar a las guerras por los resultados horribles de las máquinas que emplea.

Y yo, con el mayor respeto, digo a los moralistas:

—El hombre experimenta periódica, pero invariablemente, desde el principio del mundo, tal necesidad de habérselas con el hombre, que por satisfacer su afición, renunciará al empleo de las máquinas, adoptando el garrote primitivo.

—La naturaleza, al par que sabia, es espléndida: por algo creó para cada mejilla cinco dedos, y para cada espalda muchas varas de acobache.

Además, la guerra es altamente filantrópica, puesto que su fin es la paz, como dicen algunos filósofos.

Sin duda por eso, cuando el jefe de un país siente que su corazón rebosa de ternura, fabrica cañones, atesta de proyectiles todos los parques, dispone botiquines y camillas, moviliza sus tropas y penetra en un país a sangre y fuego.

Y cuando despues de la batalla ruedan por el campo brazos y cabezas, y se ostentan a la vista campiñas assoladas, edificios destruidos, médicos amputando miembros y sacerdotes absolviendo a los que espiran, dirá el vencedor en un sublime arranque de amor al prójimo.

—En este país ya no queda un hombre sano: la paz está asegurada hasta que se restablezcan los heridos.

La elección entre la paz y la guerra no es dudosa.

El fin de la guerra es la paz.

El fin de la paz es la guerra.

La paz es por lo tanto peligrosa y debe combatirse: es una señora que se introduce en los pueblos con mal fin.

Mientras se muestran tan asustados prusianos y franceses, los vecinos de Madrid bajan al Manzanares a refrescar sus cuerpos; aunque contemplan desde lejos el espectáculo de la guerra, no puede decirse de ellos que se bañan en agua rosada. Antes bien, el Manzanares parece que está de luto.

Sólo así se explica el que sus aguas vayan negras bajo el puente de Toledo, a menos que el río cortesano convierta sus aguas en batun para darse lustre.

Admirando el citado puente de Toledo hace pocos días, no pude menos de dirigirle este pirópo:

—¡Qué hermoso puente: tiene los ojos negros!

No comprendo cómo la corriente del Manzanares, siendo tan escasa, pueda llevar tanto lodó.

Y mucho menos lo concibo, cuando calculo que el barro desprendido de los cuerpos que se bañan al amanecer, debe sacarlo del río los cuerpos que se bañan por la tarde.

Cuando veo a un honrado vecino condeciendo a su señora al Manzanares todas las tardes, digo con tristeza:

—Hé aquí un pobre marido obstinado en arrastrar por el fango a su señora.

Pero me consuela de este pensamiento doloroso el aspecto nacional de las casetas de baños: todos los veranos se cubren con las mismas esteras; todos los veranos ofrecen al público las mismas comodidades que en los tiempos de Quesvedo.

Su carácter antiguo me enternece, me hace recordar mis antepasados, el motín de Esquilache y las pragmáticas en que se prohibía el uso del almidón y del tonlillo.

Su fisonomía industrial es puramente española: tiene cierto aire de familia con los pucheros de Alcorcón, las campanillas de San Isidro, la montera del aguador, las cajas de mariposas, los puñales de Albacete y las rosas de Castilla.

Porque, eso sí, el pueblo español podrá renunciar a su carácter nacional; pero nunca abandonará ciertas prácticas sancionadas por el uso.

De modo que, sin ser profeta, puedo asegurar que serán eternos en España, el pavo de Noche Buena, las corridas de toros, la siesta, los bañuelos, los motes nuevos para damas y galanes y las esteras de los baños.

Cuando los chinos están fuera de su país y se aburren por no poder volver a su patria, suelen usar un recurso de los más ingeniosos: se ahorcan, en la seguridad de resucitar en China el mismo día.

A conocer Robinson este sencillo y natural procedimiento, hubiera sido menos largo su cautiverio en la isla.

No bien el chino desterrado decide su viaje de placer a la China, se pone todas sus elásticas, se liza al cuerpo sus pañuelos de yerbas, coloca sobre la espalda todos sus efectos, y despues de dar cuerda a su reloj, se da cuerda a sí mismo.

Consignando esta práctica chinesca, los asesinatos del cónsul francés y de otras diez ó doce personas en Tientsing pierden su parte horrible.

¿Qué dirá el gobierno de Napoleon si los chinos, invocando esta creencia, aseguran haber muerto a los europeos con el filantrópico fin de que resucitasen en su patria!

Lo que procede en semejante caso es dar las gracias a los asesinos y abonarles el viático del cónsul.

Los habitantes del Estado de Tejas han pedido auxilio al gobierno norteamericano, porque juzgan inminente una invasión de indios comanches en su territorio.

La alarma es natural, si se considera que los indios tienen la costumbre de arrancar las cabelleras a sus enemigos.

Medio del terror general, es verdaderamente consoladora la tranquilidad con que los calvos esperan la acometida de los salvajes.

Si el gobierno de los Estados Unidos no envía a Tejas partidas de tropa, está obligado por lo menos a remitir grandes partidas de navajas para que los tejanos se afeiten la cabeza.

Y puesto que los indios hacen la guerra por adquirir el honorífico trofeo de las cabelleras, creo que los tejanos pueden aplacar la furia de los comanches presentándose sin pelo y entregando a los salvajes un tributo de pelucas.

En un país en que se calculan las hazañas de cada guerrero por el número de cabelleras que posee, puede ocurrir un caso muy raro.

Lavarse los indios una población, detenerse atemorizados ante un esparate y huir precipitadamente.

En efecto, el esparate pertenece a una peluquería.

El indio más bravo apenas reúne setenta cabelleras.

¿Cómo no retroceder ante una casa, de cuyas paredes cuelgan trenzas humanas y por cuyos suelos yacen mechones de cabelleras?

—¿Cómo Vd. al indio Pelópides? preguntaron cierto día a un cultivador de Tejas.

—No le he de conocer; respondió el agricultor estremecéndose: me ha arrancado la cabellera siete veces; apenas me crece el pelo, ya tengo a Pelópides en casa. Se ha empeñado en ahorrarme el peluquero.

J. EPERÉ.

EL JURADO EN PORTUGAL.

Sin el jurado no hay verdadera garantía de justicia, ni de moralidad en la administración de ella. El juez de derecho, conociendo del hecho, siendo nombrado por el ministro, y obedeciendo a las inspiraciones de la política, no puede ser independiente, a no ser un milagro de abnegación y virtud. Y no puede serlo, porque su existencia oficial está pendiente de la del ministro nominador, porque la inamovilidad es una bella mentira en todo linaje de Constituciones consiguada y por ningún gobierno cumplida, porque el juez llega a ser un empleado político, ligado con toda clase de compromisos a la situación a que sirve, y con tales condiciones, ni es posible la inflexibilidad en el juicio, ni la inquebrantable imposibilidad que la idea de la justicia impone a sus sacerdotes. Por eso el jurado es su más segura garantía; y lo es porque el poder en él no influye, porque las relaciones sociales nada con él tampoco pueden, por no ser de antemano conocidos los que le componen, porque no afecta los perjuicios ni las preocupaciones rutinarias de las clases profesionales, porque al formular el juicio puede, libre y desapasionadamente, entregarse a sus propias inspiraciones, sin tener para nada en cuenta agravios de abajo, ni presiones más ó menos formidables é irresistibles de arriba; y como que para el juicio, para la apreciación del hecho, no es necesario más que el criterio y la sana razón que a el hombre caracterizan, y como todo el que lo es, piensa, conoce y compara, y estas son las elementos indispensables para formarle; de aquí que, con tales condiciones, la elección no sea dudosa, toda vez que, además de estas ventajas, satisface la gran necesidad de la publicidad, que es su seguro, y con cuya satisfacción hénase cumplidamente uno de los más altos fundamentos de la libertad de un pueblo. Para que la justicia sea una verdad, es preciso que en su aplicación la mayor publicidad la abra ancho horizonte para mostrarse en toda su esplendorosa hermosura; para que la libertad sea un hecho en todas las esferas y encuentre su gran auxiliar en la justicia, es de todo punto indispensable el establecimiento del jurado.

Así lo comprendió Portugal, y al asistir yo a una vista del jurado en el tribunal de la *Bou-Haca*; cuántas tristes reflexiones vinieron a mi mente!

Acordárame de España y no podía menos de decirme a mí propio: Portugal, sin Constitución democrática, sin un título consagrado a los derechos individuales, sin libertad de cultos, sin gobierno revolucionario, ante bien con una Carta doctrinaria, tiene jurado, es decir, tiene una buena administración de justicia, que gobierna y rige en sus determinaciones el criterio seguro de la pública opinión, mejor de la razón universal, infalible, y España, con derechos naturales, con sufragio universal y en plena revolución política, aún no lo tiene, es decir, que está entregada aún la justicia a la arbitrariedad del poder, que todo puede invadirlo y romperlo, y por tanto, la más alta representación de la sociedad y su más preciada salvaguardia está subordinada a la veleidad y caprichosos giros de la política, que es como supeditar la honra, y la vida, y la hacienda de los ciudadanos a sus continuas é incesantes oscilaciones. La ley, para ser aplicada, no necesita del amparo inmediato del ministro por medio de un funcionario de nombramiento suyo, sino del que le prestan la voluntad sana, la limpia conciencia y el recto criterio de los ciudadanos.

Así lo ha comprendido Portugal; por eso el ciudadano puede tener plena confianza en la justicia, porque la aplica el jurado.

Tienen capacidad jurídica para ser jurados todos los que presentan un título literario: Si los anotados para formar los jurados no llegaren a 120, entrarán, a más de ellos, para completar el número, todos los que tengan de renta líquida por lo menos 100.000 réis; y si ni aún así no se llenara el número, los que posean una renta inmediatamente inferior.

En las comarcas de Lisboa, Oporto y Coimbra, sesenta jurados por lo menos pertenecerán a los habilitados con título literario, dispensados por ese hecho de censo.

En cada comarca hay solamente un círculo de jurados, y la pauta constará de treinta y seis. En 1.º de junio de cada año se forma por la comisión instalada para ese objeto la lista de jurados; en 25 se publica. En los ocho días siguientes pueden los jurados presentar sus escusas ante la comisión, y apelar de su decisión en el término de veinte, y aún de la sentencia en primera instancia en el plazo de cinco días. Son escusas admisibles: no saber leer ó escribir, ser diputado, ministro, alto empleado administrativo ó judicial, militar, ecle-

siático, profesor de Instrucción primaria, tener más de sesenta y cinco años, ó impedimento físico ó moral, que imposibilite el ejercicio de sus respectivas funciones, etc., etc.

El jurado en materia civil es de libre elección de las partes, que es, en mi sentir, el único temperamento racional que la ley por la que se establezca en España, si esto sucede alguna vez, debe adoptar.

Donde el jurado es esencialmente indispensable, y más que en otro país en España, por su vicioso procedimiento expuesto á todo linaje de errores, y muy apto para que fácilmente sea falsada la verdad de los hechos, es en materias criminales, acerca de las que no reconozco criterio más seguro y menos dado á preocupaciones y rutinas que el puramente racional, por más que esto no quiera decir que, en caso alguno, le tenga en menos ó le supedita al legal que de él parte, en él se origina, y sólo puede ser considerado y atendido cuando con él conforma.

El tribunal se compone de nueve jurados y un sustituto; pueden sin causa justificada ser recusados tres jurados por la acusación y tres por la defensa. El presidente del jurado es el primer nombrado, mas puede ser elegido otro por mayoría de votos; por mayoría absoluta también se pronuncia el fallo. Los jurados son también competentes para decidir sobre daños y perjuicios. Durante las deliberaciones los jurados están inencomunicados; mas como haya necesidad de suspender la sesión para otro día, no se sigue la práctica que los ednosca prescriben para el *concilio* durante la elección de pontífice, atacando por hambre y sed á los cardenales, medida muy de tomar con todo rigor tratándose de sotanas cortas y largas, como diría cierto célebre y bravo orador, por ser la única que en ellas ejerce indiscutible infamia, sino que se les deja en libertad, para que á la sesión siguiente continúen sus trabajos. Las fórmulas que emplean en los asuntos criminales, según está ó no probado el hecho, son: «por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, no está probado»; ó «por mayoría ó unanimidad el crimen de que el reo... es acusado, está probado con todas, con alguna, ó sin ninguna de las circunstancias agravantes»; y lo mismo respecto á las atenuantes. En las acusaciones sobre tentativa la fórmula es: «la tentativa del crimen... está probada, porque probado está que hubo tal principio de ejecución, suspendida por circunstancias (las que sean) independientes de la voluntad del reo...»

Los jurados tienen deber ineludible de asistir á la vista, y sólo por enfermedad ó graves asuntos comprobados pueden excusar legalmente la falta de su presencia, siempre que aleguen el impedimento tres días ántes, ó si es repentino, después de celebrada. Si las excusas alegadas son falsas, se condena á el jurado con multa de 10 á 50.000 reales, y si no las presenta y no comparece á llenar sus deberes, sufre la pena de prisión por un mes; si se le prueba haber sido corrompido al dar su fallo ó absolutorio ó condenatorio, la pena es de caducidad de tres á quince años.

Prescindamos de los jurados, misto, compuesto de nacionales y extranjeros, de imprenta, incomprensible de todo punto, y comercial, inútil por todo extremo, por cuanto no comprendemos la razón de legislaciones, procedimientos y tribunales ocasionados por los asuntos que dirimen, y fijándonos sólo en el acto de la vista en el tribunal de la *Boa Noche*, robustecáramos más y más el convencimiento de la necesidad del establecimiento de tan importante institución.

En un salón grande, espacioso, capaz para contener numeroso público, á diferencia de las salas mesquinas, estrechas, sin lugar para la gente lega de las audiencias y juzgados de España, sin ostentación, ni dosches, ni coronas, ni cortinajes á manera de templo, ni plataformas para el tribunal dispuestas á guisa de altar, con unas modestas sillas separadas de el sitio destinado á el pueblo por una baranda para los jurados, un sillón poco más elevado y una mesa para el juez de derecho, y dos tribunas, una para la acusación y otra para la defensa, celebrábase pública y solemnemente esos juicios importantísimos, donde se debatían las más trascendentales cuestiones ante el recto criterio de la razón desapasionada y la sana conciencia. Ahí no hay nada que retráiga ó imponga; todo allí representa la imparcialidad de la justicia, ni la severidad preconcebida de las venganzas jurídicas, ó las simulaciones de la contemplación al poder. El reo oye á los testigos de cargo y descargo, contesta él mismo á la demanda de los jurados, puede defenderse y atacar, no se le reduce á la condición de víctima sometida á la fuerza del verdugo, sino de acusado á quien la ley ampara, para más tarde, ó absolverle, ó hacerle purgar su delito. Y cuando después de las declaraciones testimoniales y peticiones, si son menester, el

público ha formado su opinión, y el jurado ha ido apreciando en todo lo que valen los accidentes del negocio, la acusación y la defensa terminan el acto, dejando á los jueces, *no subidores del derecho*, pero llenos en su conciencia de la santa idea de la justicia, entregados á su razón y á su criterio, bajo el fallo que el pueblo ha dejado mostrar bien á las claras, que no es nunca ni inicuo, ni absurdo, ni criminalmente monstruoso.

Dadas todas estas circunstancias, con todas estas diferentes condiciones, que como que estropeaban en el ejercicio del deber á los jurados, haciendo imposible toda preparación que no sea herida por la luz y esparcida á los cuatro vientos por la publicidad, ¿hay razón para dudar de la eficacia de una institución que no nace y se desarrolla sino en los períodos de libertad, y que no obedece á otros móviles que no sean la rectitud de la conciencia y el cumplimiento estricto del deber de la conciencia?

Si el jurado, ya lo hemos dicho, no hay verdadera garantía para los ciudadanos; él asegura su honra, defiende su vida y hacienda; sin él el poder es invencible; con él nada vale si no le ampara la justicia, y cómo no, si es una institución que no cabe, ni vive, ni desarrollarse y prosperar puede, si la libertad no la vivifica? ¿Y cómo no, si ella cumple en la esfera de los hechos la máxima de la igualdad ante la ley, viniendo á ser un verdadero seguro de la igualdad ante la rectitud y la honradez?

Por eso su establecimiento en España es necesario, lo mismo para satisfacer una necesidad de la libertad, como para salir de una vez para siempre de la tutoría nada desinteresada de la curia, y de ese absurdo y laberíntico procedimiento de dilaciones, fórmulas ridículas é inexactitudes dañosas, con el que jamás se llega á la verdad, ni se reconoce el delito, para obtener el triunfo señaladísimo y no perdurable del juicio oral, sin el que las declaraciones son una mentira, y los hechos se desahucan, abultándose en contra ó en pró, según á determinados intereses conviene, no muy bien avenidos en general con la justicia.

G. CALVO ASERIO.

EJÉRCITO ESPAÑOL.

INGENIEROS.

La idea de rodear las ciudades con un obstáculo cualquiera que dificultara su acceso á los enemigos vecinos, es tan antigua como las primeras ciudades que fundaron los pueblos agricultores; estos principios y rudos medios de defensa llegaron en la Edad Media á convertirse en verdaderas obras del arte arquitectónico, y desde los últimos años del siglo XV dieron origen á una ciencia de las más importantes del arte de la guerra, y á la consiguiente necesidad en los ejércitos de hombres especiales versados en ella para construir las modernas fortificaciones. Las ordenanzas municipales de nuestras ciudades, hasta muy entrado el siglo XVI, mencionan aún entre las obligaciones de los alcaides la muy principal de conservar y entretejer los muros en perfecto estado de defensa, y numerosos documentos de los archivos de Castilla y Aragón nos enseñan los fondos que se arribaban para construir ó reparar las fortificaciones y los nombres de los maestros que dirigían las obras militares y que se designaban con las denominaciones de maestros mayores de fortificación, arquitectos militares, y capitanes á cárcos, de trincheras ó de azadoneros.

Generalizado el uso de la pólvora, el ataque adquirió en el siglo XV una superioridad notable sobre la defensa, cuyos débiles muros ni podían resistir á los nuevos proyectiles ni presentaban emplazamiento cómodo y capaz para la artillería; esta superioridad duró poco: los muros se reforzaron, aumentando el diámetro de las torres y disminuyendo la elevación de las defensas; por fin en 1527 publicó Alberto Durero su obra de fortificación, y desde entonces empezó ésta á separarse á grandes pasos de la arquitectura, formando una rama especial de los conocimientos humanos.

Durante el siglo XVI aparecieron nuevos elementos defensivos, efectuándose por completo la separación de artilleros é ingenieros, quedando reservado á los primeros la construcción y manejo de los nuevos y poderosos medios de ataque y á los segundos la construcción y explotación de las fortalezas. Estos, que no siempre tenían carácter militar, se reclutaban en España é Italia, y los nombres de Pedro Navarro, Benedicto de Rábena (que fué el primero que usó en España el título de ingeniero), Luis Pizano, Calvi, los Antonellis, el Fratin, Cristóbal de Rojas, Leonardo Turriano, Juan Cedillo y

tantos otros célebres, demuestran la merecida fama que alcanzaron en Europa los ingenieros españoles del siglo XVI, tanto en la construcción y reforma de las numerosas fortificaciones que existían en nuestros dilatados dominios, como en los frecuentes sitios á que daban lugar nuestras guerras en Italia, Flandes y Africa, sin descuidar alguno de ellos la publicación de obras didácticas sobre la materia.

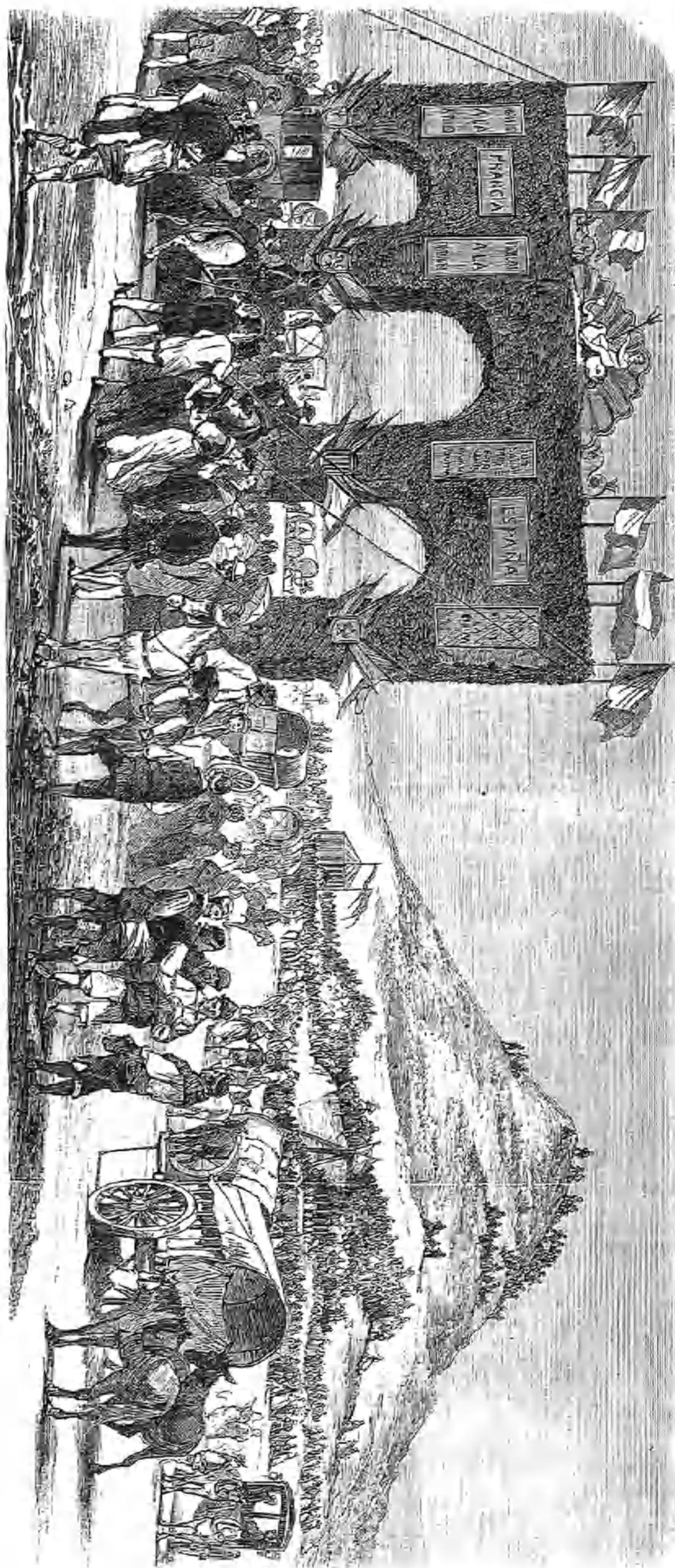
El sitio de Ostendo (1604) y las defensas de Fuenterrabía (1638) y de Gerona (1684) bastarían por sí solos, si no abundasen los datos históricos, para demostrar el alto punto á que habían llegado entre nosotros los conocimientos de la ciencia de fortificar y defender las plazas en el siglo XVII, y de que dieron los ingenieros españoles buena prueba en los numerosos sitios que en Flandes, Italia, y especialmente en España, ocurrieron durante la guerra de Sucesión.

Ni los salarios, sueldos ó pensiones de los ingenieros, ni su entrada en el servicio, estuvieron sujetos á un sistema fijo, hasta que por real decreto expedido en Zaragoza á 17 de abril de 1711 se organizó el cuerpo de ingenieros, siendo su primer ingeniero general el marqués de Verboom, militar francés al servicio de España desde 1692, y uno de los ingenieros más insignes de su época. Esta primera organización, que estableció las diferentes clases de ingenieros en jefe ó de provincia, ingenieros en segundo, en tercero y designadores, sufrió varias modificaciones, y en 1772 se subdividió el cuerpo en cuatro secciones tituladas de obras militares, en plazas y campaña y de geografía; de edificios civiles y caminos; de hidráulica y de maestros de academias; organización que desapareció en 1797, y finalmente en 11 de julio de 1803 se publicó la ordenanza de ingenieros hoy vigente con algunas modificaciones, y en la cual se ponían exclusivamente á cargo del cuerpo las obras de fortificación, ataque y defensa, y las de los edificios militares, cualquiera que fuese la procedencia de los fondos que en ellos se invirtieran; se creaba una escuela especial en Alcalá de Henares y un regimiento de tropas del arma.

Durante el siglo XVIII los nuevos oficiales del recién creado cuerpo de ingenieros siguieron con gloria las tradiciones de sus antecesores en los siglos XVI y XVII, prodigando su sangre hasta el punto de que sólo en el sitio de la ciudadela de Mérida (1713) hubo diez y nueve oficiales de ingenieros muertos ó heridos. En este mismo siglo dirigieron los ingenieros militares casi la totalidad de las obras públicas emprendidas en la Península y Ultramar, y publicaron varios de ellos libros didácticos muy notables sobre diferentes puntos de la profesión. La guerra de la Independencia, la de los Siete años y la de Africa han servido en nuestro siglo para crear entre los individuos del cuerpo un espíritu de compañerismo y una noble emulación, á los que debe el cuerpo de ingenieros español el justo y merecido renombre que goza en nuestra patria y en el extranjero.

TROPAS DEL ARMA. Para la ejecución de los trabajos encomendados en campaña al cuerpo de ingenieros solían crearse en los siglos XV y XVI cuerpos de azadoneros ó gastadores, que se disolvían pasada la ocasión; unidos éstos á los que suministraba la artillería, y más cerca de nosotros á las escuadras de gastadores sacadas de los regimientos de infantería y á las compañías de minadores con que contaba el de artillería, formaban una masa de trabajadores numerosa sí, pero sin organización, y lo que era peor, sin la suficiente instrucción para campaña. Por real decreto de 3 de setiembre de 1802 se creó el regimiento real de zapadores-minadores mandado por jefes y oficiales del cuerpo y compuesto de dos batallones de á cinco compañías con la fuerza de 1.375 plazas. Organizado con asmero, llamó desde su origen la atención de todos los militares por su brillantez, instrucción y excelente espíritu. No llevaba aún seis años de vida, cuando en la noche del 23 de mayo de 1808, apesar de encontrarse á cinco leguas del grueso del ejército francés la fuerza de el regimiento que estaba en Alcalá de Henares, se declaró abiertamente contra los franceses, siendo la primera fuerza del ejército que en cuerpo organizado y unánime lanzó al aire el grito de guerra. Se componía dicha fuerza de dos compañías del primer batallón y cuatrocientos reclutas ya instruidos y era su comandante el sargento mayor de ingenieros D. José Veguer, á cuyas órdenes salieron de Alcalá en la citada noche, llevándose consigo todo el armamento, vestuario y municiones que tenía el regimiento, y mas de 75.000 duros que existían en caja, después de haber entregado en mano á los individuos todas sus masitas. Dirigieron su marcha á la Serranía de Cuenca, y pasando por Almonacid, Valdecolmenas y Villora, llegaron á Valencia, en cuya ciudad entraron triunfalmente el 7 de junio; la junta de Valencia les dió al día siguiente las gracias por

INAUGURACION DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ALBACÓN.—ACTO DE COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA.



su patriotismo, instituyendo un escudo de distinción para todos ellos, condecoración que después se confundió con la creada en 18 de mayo de 1816 y que se designó con el nombre de *cris de la fuga de los zapadores*. Con esta fuerza creó la junta valenciana un batallón de zapadores-minadores de cuatro compañías, que pronto se cubrió de gloria en las defensas de Zaragoza.

Durante la guerra de la Independencia fué preciso aumentar las tropas del arma, constando al acabar aquella de seis batallones, cuyos oficiales pertenecían al arma de infantería, excepto un ayudante por batallón, el comandante y el coronel, que eran oficiales del cuerpo. En 1814 se reorganizó el regimiento bajo el pie establecido por la ordenanza de 1803 y al año siguiente recibió nueva forma bajo la denominación de *Regimiento real de zapadores, minadores, pontoneros*, componiéndose de tres batallones de á ocho compañías, una de ellas de pontoneros, otra de minadores y las seis restantes de zapadores; creóse además una compañía de tren afecta á cada batallón y mandadas todas por jefes de ingenieros y oficiales de infantería. Una compañía de cadetes admirablemente constituida formaba parte del regimiento disuelto en 1823, con tanta mayor violencia, cuanto más notoria había sido su adhesión al sistema constitucional. Al año siguiente se reorganizó bajo el pie de los de artillería y con jefes y oficiales todos de ingenieros, debiendo constar de dos batallones, aunque por el pronto no se formó más que el primero.

Al estallar la guerra civil marcharon las compañías á campaña y en ella prestaron notables servicios, distinguiéndose lo mismo en el Norte que en el Centro, ya restableciendo puentes á viva fuerza como el de Luchana, cuya cortadura tenía 45 pies de largo, ya aplicando el minador á la escarpa en medio del día y á pecho descubierta como en Alaga, ya recomponiendo baterías bajo el fuego enemigo y á día claro como en Morillo, ya en defensas como las de Bilbao y Maestá, ya en fin, formando la cabeza de las columnas de ataque, como en Solsona, Chiva y Mendigorriá, demostrando una vez más la doble utilidad de estas tropas como obreros y como soldados de infantería. *Modelo de bravura* llamó el general Ayerbe en el parte de la acción de Montalván á la tercera compañía del primer batallón, y *marzo de bronce* apellidó el general Oraa á la cuarta del mismo en la batalla de Chiva. Tantos y tales servicios prestaron las compañías de ingenieros en la guerra civil, que por real orden de 31 de Setiembre de 1847 se concedió á los batallones del regimiento para sus gloriosas banderas la corbata de la real y militar orden de San Fernando, no sin haberse previamente demostrado en juicio contradictorio todos los méritos contraídos individualmente por las compañías, y de los que son débil muestra los antes citados.

El año 1848 se formó su tercer batallón con las quintas y sextas compañías de los que existían, y dos de nueva creación, componiéndose el regimiento de tres batallones de seis compañías, cuya organización tenía aún en 1849 al emprender España la guerra de Africa. Catorce de las diez y ocho compañías pasaron el Estrecho, y asombra ver el número de metros cúbicos de tierra que removieron, abriendo caminos y fortificando puestos, sin dejar por eso de tomar el suyo en el combate cuando la necesidad lo reclamaba. Frescos están en todos los españoles los recuerdos de aquella campaña, en que si nuestro ejército se cubrió de gloria en Anghera, Castillejo, Tetuan y Wad-ras, el pueblo demostró con su entusiasmo y desprendimiento de lo que sería capaz en el caso, tal vez no remoto, de que nuestra integridad fuese amenazada.

La escasez de tropas de ingenieros que se había hecho notar en las guerras de la Independencia y civil, volvió á conocerse en la de Africa, á cuya terminación se formó el segundo regimiento con el antiguo tercer batallón y otro que se creó al efecto; con ligeras alteraciones, más bien administrativas que militares, ésta es hoy la organización de las tropas de ingenieros del ejército de la Península.

Un batallón de ocho compañías en Cuba, dos compañías de obreros en Filipinas y una en Puerto-Rico forman, con los dos regimientos antedichos, las treinta y cinco compañías de tropas del arma del ejército español, que las reconoce como modelo de valor y sobre todo de subordinación y disciplina.

ACADEMIA ESPECIAL. En el mes de octubre de 1884 á instancia y suplicación de Juan de Herrera se instituyó en Madrid una cátedra de matemáticas, con tan buena suerte, que á los pocos años trasformada ya en Academia real estableció varias cátedras públicas servidas por don Ginés de Rocamora, el Dr. Julian Pirruño, el licenciado Juan Cedillo y otros no menos notables profesores, y en la cual el alférez Pedro Rodríguez Muñoz *leía la*



INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS EN ARAGON.—LLEGADA DE LOS INVITADOS.

materia de escuadrones y forma de ordenarlos, y el capitán Cristóbal de Rojas *la de Fortificación*, cuyas lecciones imprimió en 1598 Luis Sanchez, siendo éste el primer libro de fortificación que ha visto la luz pública en España, así como la citada Academia puede mirarse como el origen común de los colegios y escuelas militares españolas. Siguiéron a ésta las de Bruselas (1675), Barcelona (1699) y otras varias que se refundieron en 1790 en dos, una en Cádiz y otra en Zamora, siendo esta última la única que existía al estallar la guerra de la Independencia. En estos centros de instrucción la adquirían los oficiales de todas armas, y constantemente estuvieron á cargo de jefes y oficiales de ingenieros, hasta que en 1.º de setiembre de 1803 se inauguró en Alcañal de Henares la Academia especial del cuerpo, cuyos profesores y alumnos en mayo de 1808, declarándose en abierta rebelión contra los franceses, corrieron á Zaragoza guiados por el inmortal Sanguinetti, cuya vida terminó gloriosamente en aquella heroica defensa. Disuelta de esta suerte la Academia, dispuso el Gobierno nacional establecerla en Granada, lo que no pudo efectuarse por el pronto, y sólo después de vencer grandes obstáculos se consiguió en 1810 crear en Cádiz una Academia provisional de ingenieros, cuyos alumnos se reclutaron en su mayor parte en el colegio militar de la isla de León. En esta Academia ascendió, previo exámen, á subteniente de ingenieros en 1.º de enero de 1812 el hoy capitán general y duque de la Victoria D. Baldomero Espartero. Concluida la guerra de la Independencia volvió la Academia á Alcañal de Henares, hasta que en 27 de setiembre de 1823 fue extinguida, sin más razón ni otro motivo que las ideas políticas algo avanzadas que habían manifestado constantemente sus profesores y alumnos, así como la generalidad de los oficiales del cuerpo de ingenieros, cuya abolición completa se discutía seriamente en las altas esferas de aquel Gobierno; pero como la necesidad es siempre más poderosa que la voluntad de los hombres, en 1823 se estableció en Madrid una Academia especial del cuerpo, cuyo reglamento se publicó en 1828. Escasado es decir que este establecimiento arrastró una vida lánguida y precaria hasta 1833, en que se trasladó á Guadalajara, donde recibió grande impulso del Gobierno constitucional, y donde continúa difundiendo la instrucción científica y militar entre los jóvenes que aspiran á in-

gresar en el cuerpo de ingenieros. A la hora en que escribimos estas líneas se habrá aprobado por la superioridad el nuevo plan de estudios, por el cual se devuelven á la enseñanza particular gran número de materias de las que forman la profesión del ingeniero.

El Museo de ingenieros establecido hoy en el palacio de San Juan, tan poco conocido de propios como con justicia alabado por los extranjeros; los talleres ó maestranza de Guadalajara, los parques de plaza y campaña, los trenes de puentes, la brigada topográfica, las construcciones civiles y militares dirigidas por oficiales del cuerpo en estos últimos años y el largo catálogo de obras y Memorias publicadas unas, inéditas las más, con que han enriquecido los ingenieros la bibliografía militar española, son otras tantas pruebas de que el cuerpo procura no rezagarse en el conocimiento y aplicaciones de los modernos adelantos que han conseguido las ciencias y las artes. Sensible es sólo que por efecto de las circunstancias que hace tiempo afligen á nuestra patria, se hayan distraído de su especial servicio los regimientos del arma, de cuyos tipos y uniforme es buena muestra el grabado que acompaña á este desaliñado artículo.

E. DE MARIÁTEGUI.

TRADICIONES GALLEGAS.

LA COMPAÑA.

Al recorrer los pintorescos valles del antiguo reino de Galicia, que cual soberbio coloso separa por el Este con uno de sus brazos á Leon y Asturias, con el otro al Sur el reino de Portugal, y no contento hunde hacia el Norte uno de sus pies en el impetuoso mar cantábrico, y profundiza el otro en las cristalinas olas del atlántico, reposa el espíritu, fatigado con la incesante actividad intelectual de las grandes capitales, en la sociedad patriarcal de aquellas apartadas aldeas, donde se comprende toda la verdad de los versos de Tirso de Molina:

...Valle de Galicia:
No vive en estas tierras la maticia
De costumbres y tradiciones,
De lenguas, rezagos y tradiciones.

Verdad es que, sostenidas por la ignorancia, concérvanse entre aquellos sencillos labriegos, ó montañeses, creencias y tradiciones, que no resisten al más ligero soplo de la crítica; pero también es cierto que el día en que arranque la ciencia por completo esas creencias, esas leyendas, esas tradiciones, desaparecerá el encanto peculiar de los antiguos pueblos, quitando al animado cuadro de lo pasado la poética veladura del recuerdo.

Afortunadamente en los apartados valles de Galicia guardanse todavía muchas de esas misteriosas narraciones, que rara vez dejan de encerrar un gran fin moral, y que arrojadas de más elevadas esferas, se han refugiado en la soñadora imaginación de los sencillos habitantes de la aldea, adonde acude á buscarlas el hombre de las ciudades como tranquilo solaz para su fatigado espíritu; que esas tradiciones y esas creencias son el perfume de otra vida más pura y más feliz que aspiramos, confundido con el vivificador ambiente de los valles y de las montañas.

Allí donde los zarzales y espinos sirven de oscura alfombra á las venerables ruinas de un castillo; allí donde para el viajero no hay más que desolación y muerte, para el pueblo hay una sombría historia de amores. La tímida pastora jamás verá aquellos torreones sin perdersese estremecida, porque en cada piedra lee una página del triste romance que mil veces ha oído contar al amor de la lumbre, cuando el viento silba desencadenado y la leña chisporrotea de un modo fatídico.—El laborioso jornalero, cuando dado el toque de ánimas se retira lentamente á su casa, al llega á pasar por cerca de un solitario monasterio, evocará el recuerdo de aquellas cenobitas, que pasaban los años sumidos en celestial éxtasis, y iluminado por el sitio, por la hora, por el viento que se desliza entre los claustros, entrará en su casa repitiendo y jurando que ha oído las armonías del órgano y el coro de la comunidad cantando *Vesperas*.

Y si la noche le sorprende en lo alto de una montaña, y allá en la bondonada hay materias en descomposición que producen exhalaciones fosfóricas, el buen campesino tiembla y se desconcierta. Llego asustado á su choza y cuenta tartamudeando que ha visto la *COMPAÑA*, que le ha salido al encuentro la hueste de espíritus malignos, y presagia que en la aldea debe dejarse sentir pronto la Justicia divina, porque la *hostadea*, *hostadeita*

(*Pluribus Dei, hostis dicere*), no hay que dárselo, viene en busca de un muerto.

¿Queréis oír relatar una de esas nocturnas apariciones que cuentan los crédulos aldeanos? Pues prestad atención por un instante.

I.

Pronto será media noche.

La trémula luz de la luna esparce por intervalos su tibia claridad, iluminando con un tinte sombrío el fondo del valle.

Una casa rodeada de cipreses se destaca lúgubramente sobre la parda vegetación del terreno, cual los horrendos fantasmas de las leyendas, que vagan en torno de los ruinosos escombros de un castillo.

La deforme silueta de aquella pobre mansión y de los funerarios arbustos, ora se encoje, ora se prolonga, ora desaparece del todo, según el caprichoso giro de las sombrías nubes que la atmósfera cruzan.

Nada hay que embellezca la lobreguez del cielo ó el aterrador silencio del paisaje.

La naturaleza adormecida sólo parece despertar, no para herir el oído con la música armoniosa del torrente, sino con el sordo murmullo del agua al deslizarse de peña en peña; no con el regalado canto del ruiseñor, sino con el estridente alcego de la cigarrá; con ese sonido desapacible, que tantas veces recordamos al oír rechinar la leña verde en el fuego.

Lanzan los perros tristes y prolongados ahullidos; y si el viento agita las flores, es para producir silbidos más imponentes que los de los monstruosos reptiles de América.

¿Qué genio maléfico reposa en una morada de tan sombríos alrededores?

II.

Entrad en la vivienda de los Cipreses.

¿Qué os asusta?

¡Ah! Es el pobre Ali; el fiel mastín que se empeña en ladrar obstinadamente.

No temáis; abrid la puerta, y os colmará de caricias. Dadle un pedazo de pan. Hace tanto tiempo que no ha comido.

Pero ¿qué os detiene? Subid sin demora. ¿No sentís sollozar?

Esos gemidos son de mujer; no hagáis ruido; escuchadla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No le lleveis aún. ¡No es tiempo todavía!—exclama una anciana arrodillada á los pies de un mezquino lecho, apretando con violencia contra su corazón un foscó Crucifijo de madera.

—¡Aparta! ¡Aparta!—responde el enfermo, sacudiendo convulsivamente con un pie el hombro de la llorosa vija.

—¡Acuérdate de Dios! ¡Nicolás, acuéntrate del mal que has hecho en este mundo!—insiste lanzando desgarradores gemidos.

—¡Déjame! No me muero, no... Quiero ver á mi hijo, á mi Manuel... para darle la llave.

Al decir esto Nicolás, pugnando por incorporarse en el lecho, mostraba con innoble y repugnante sonrisa una llave que sus dedos descarnados apretaban con violencia.

—No has pensado más que en el oro durante tu vida; olvidaste tus obligaciones, la educación de tu hijo, el socorro de los desvalidos y la observancia de los deberes religiosos. Ahora se acercan los postreros instantes de tu existencia; y sordo á la voz de tu alma, sólo en susl aduñridos cándales tienes puesta la mira.

—¿Quieres matarme?—interrogó el enfermo con voz ronca y sofocada, extendiendo los puños con un gesto de cólera.

La pobre esposa dejó deslizarse sus lágrimas silenciosamente, y basó con fervor la imagen del Crucificado.

Nicolás tendria como unos 60 años: sobre su cráneo pelado y desigual flotaban apenas crespas y mugrientas guedejas blancas, los ojos, hundidos y brillantes, estaban rodeados de una curva morada, y sus pómulos salientes y huesosos se destacaban al lado de una nariz delgada y aguilada, cuya punta avanzaba sobre labios temblorosos é incoloros. Surcaban su cara hondas arrugas, y sus cejas arqueadas, y unidas por las contiguas extremidades, daban á aquella frente comprimida y echada hacia atrás, á aquella fisonomía amarillenta, el tinte sombrío de la más sórdida avaricia. La cama en que yacía era un tres tablas, sostenidas por dos malos caballetes, y sobre ellas un mezquino jergón cubierto con dos sucias sábanas y una manta, que la aguja se había empeñado en hacer triunfarse de las injurias del tiempo.

Cerca de la cabecera del enfermo habia una alhacena abierta y clavada en la pared.

Frete al lecho, una puerta comunicaba con otras habitaciones de la casa.

III.

Detrás de ella habia un gabinete con una ventana.

En esta ventana, sólo un cristal establecía relación entre lo exterior y lo interior.

Inmóvil, y con los labios tocando casi al helado vidrio, estaba un jóven, que á lo más contaría diez y siete primaveras.

Si, aprovechando el fugaz rayo de la luna que á veces iluminaba su semblante, quisiéramos examinarlo, nada llamaría la atención en aquella cara gorda, redonda y morena, á no ser el blanco esmalte de los dientes, que parecían de bruñido marfil.

Esta muchacho era hijo del avaricento Nicolás; era el Manuel que tanto anhelaba ver su padre, que desde su escondido mirador parecia preocupado con lo que descubría, y hablaba alto, abría los ojos, temblaba á veces, revelando siempre agitación y sorpresa.

—Ya se acercan, decia, ya llegan á nuestro corral; una, dos, tres... son siete. ¡Virgen María, protégeme! Y el atemorizado jóven, siguiendo tal monólogo, empuñaba con un entrecortada respiración la pálida superficie del cristal.

Mas en vano era que su aliento humedeciese el trasparente vidrio, porque en presurosa mano le limpiaba con el pañuelo; y el campesino, estático, suspenso, encadenado en su puesto, seguía con azorados ojos satisfaciendo la anhelante curiosidad que le devoraba.

Hé aquí lo que creía ver y oír:

El viento rugía imperioso, trayendo de espacio en espacio las agudas vibraciones de una campana doblando á muerto.

Una nube de pájaros negros y enormes se agitaba con terrorífico vuelo en torno de los cipreses del patio, lanzando á veces dolientes y agudos graznidos, que resonaban en los oídos de Manuel con la mística entonación de un *De profundis*.

En el corral acababan de entrar siete fantasmas de ropajes flotantes y blancos como el ampo de la nieve, llevando en la mano rutilantes cirios que una pálida llama consumía.

Manuel temblaba como un azogado: la tétrica danza que ante sus espantados ojos comenzaron los aparecidos le llenó de estupor, embobó las facultades de su alma, y concentró la sávia toda de su vida en la vista y el oído.

No cabía duda: ante sus ojos se presentaba la *compañía*, esa sociedad de duendes nocturnos, que casi todos los campesinos gallegos han creído ver alguna vez en su vida, al pasar un monte, bordear un río, salir de casa, atravesar un bosque á saludar el cementerio.

Y tal como en largas noches de invierno Manuel habia oído describir la aparición de la *compañía*, del mismo modo se agolpaban y revolaban ante su vista los siniestros visitantes, cuyas luces lividas y oscilantes le aterrabán.

La *compañía* formó un círculo, en cuyo centro brillaba una luz más viva que las otras: aquella rueda giraba como una guirnalda de estrellas, é iba estrechándose de un modo fantástico y misterioso, hasta suprimir casi la distancia entre el centro y la circunferencia.

Una bandada de lechuzas, mochuelos, murciélagos y buhos revoloteaba junto á la ventana en que estaba Manuel.

La luz de la luna iba amortiguándose: parecia próxima á extinguirse.

Los pájaros de la noche se apiñaban delante de la ventana con tal tenacidad, que sólo por intervalos permitían al jóven vislumbrar la danza de los fantasmas.

De súbito una lechuza pasó rozando con las alas el cristal de la ventana, y lanzó un prolongado graznido que hizo retroceder de espanto á Manuel.

Abrióse la puerta que daba á la habitación del enfermo, y dibujóse en el cristal la figura de la anciana.

Manuel clavó en ella una mirada incierta, casi estúpida.

—¡Ruego á Dios por tu padre! exclamó la vieja con acento solenne, señalando con su dedo á lo alto.

—¡Ha muerto! preguntó fuera de sí el muchacho, precipitándose hácia la ventana, como desatentado y fuera de sí.

En el patio no habia nada; pájaros y luces habian desaparecido: tan sólo á lo lejos podia oírse el tañido de una campana.

Manuel recorrió con prestéza el fondo del paisaje, y al fin creyó distinguir entre brumas y oscuridad seis lu-

ces, cuyo brillo mortecino iba disipándose en lontananza.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! repetía el jóven golpeándose la frente; ¡vinieron siete y sólo se ven seis! ¡Lo mataron ó le pasieron *las negras*! ¡Ay, madre mía! ¡Veamos por mi padre; las puertas del cielo se han cerrado para él por toda una eternidad!

Madre é hijo cayeron de rodillas.

IV.

La casa de los Cipreses, en donde ni el pobre encontraba limosnas, ni la viuda amparo, ni el sediento agua, ni el desnudo abrigo, fué desde la muerte de Nicolás refugio de desvalidos, asilo de desgraciados, consuelo de infortunios y calamidades.

Dijose por la aldea que la *compañía* habia venido á buscar el alma del difunto; pero su hijo y su viuda, en fuerza de limosnas y buenas obras, hicieron desaparecer la odiosidad que sobre aquella casa habia atalido la ambiciosa conducta del prestamista.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,

ECONÓMICAS Y LINGÜÍSTICAS.

Toca su turno hoy á la Academia de Ciencias morales y políticas, porque con motivo de una pública recepción ha hecho recientemente nueva manifestación de su existencia, de su celo por su cometido, y de sus no interrumpidos trabajos. Así vamos dando á conocer á nuestros lectores la vida de los principales cuerpos científicos y literarios de la nación, no para indicar meramente alguno que otro fruto de sus estudios, dejando luego en olvido sus futuras tareas, sino para volver á ocuparnos de ellas, pasando verdaderamente revista á unos y otros, ora sean de las corporaciones de Madrid, ora pertenezcan á las de capitales de provincias y otras poblaciones. La Academia de Ciencias morales y políticas celebró sesión solemne el domingo 22 de mayo último, y bien merecen detenido exámen los discursos pronunciados, porque son de aquellos que interesan generalmente por su asunto, que sin dejar de tener profunda filosofía ofrecen el doble atractivo de ser útiles á los sabios y agradables también á los menos doctos. Leyólo el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Felipe Monlau que ocupaba entonces la plaza de académico de número para que habia sido electo, y le dió por título: *Patología social.—Breve estudio sobre la criminalidad*. Precioso asunto ya por sí solo siempre recomendable, que ha consumido las vigiliás de los legisladores, de los políticos y de los hombres de Estado. Veamos, sin embargo, cómo le enlaza con la *patología* el Sr. Monlau, porque sabido es que el nuevo académico, además de ser médico de profesion, tiene por favoritos los estudios morales é higiénicos, en que ha conquistado reputación europea. Peregrino es el modo como desarrolla su tema, aventurando algunas consideraciones acerca del *cuerpo social* y de sus dolencias, comparado tan de cerca como se pueda con el *cuerpo humano* y las enfermedades corporales. Todos nuestros literatos y hombres científicos han seguido igual conducta al escoger temas para sus discursos de recepción, y así lo habrá observado el lector en las anteriores revistas al ocuparnos de actos análogos de otras Academias. Es la especialidad de los diferentes y vastos conocimientos del Sr. Monlau la hígíene, la medicina, la moral, los estudios sociales; así ha podido interesar á sus oyentes, embelazándoles con la novedad y maestría que supo imprimir á su discurso. Transcribiremos los párrafos más notables, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

«Comienzo, dice el Sr. Monlau, por asentar que el cuerpo social no es, para nosotros, una institución libre, sino fatal, tan fatal como la organización del cuerpo humano individualmente considerado. El hombre es necesariamente social; no depende de él el no serlo; el hombre es sociable tan fatalmente como cristalizante en cubos es la sal gema ó comua. La *sociedad* es el modo de la *cristalización humana*.—El cuerpo social tiene una anatomía y una fisiología, lo mismo que el cuerpo humano. Las sociedades humanas son organismos, son conjuntos jerárquicos, con órganos y aparatos para cada función social; en el cuerpo social, como en el humano, hay, por último, funciones más ó menos importantes; el pié no puede ser la mano, ni el pié ni la mano podrán usurpar jamás las funciones del corazón ó del cerebro,

centros supremos y reguladores de toda la economía animal.—El hombre tiene un fin, y tiéndolo también las sociedades, como lo tiene la *inmortalidad*, conjunto de todas ellas. Del fin y destino del hombre no podemos dudar; y respecto del fin y destino de las sociedades humanas, bien podemos creer, apoyados en la inducción más lógica posible, que la función trascendente de la humanidad es contemplar y obrar lo verdadero, lo bueno, lo bello, el *VERUM, JUSTUM, PULCRUM*, que con inmejorable acierto adoptó esta Academia por mote de su escudo.—La humanidad, las sociedades humanas, tienen igualmente su patología, como la tiene nuestro cuerpo. Toda la diferencia está reducida á que los libros de medicina llaman *vicio escrofuloso, raquítico, sífilis, resaca ó gonorrea, hemorragia ó apoplejía, tifo, ó erisipela, convulsiones ó brío de San Vito*, á lo que en patología social toma los nombres de *pauperismo, mendicidad ó vagancia, prostitución, lujo, guerra, criminalidad, antagonismo entre el capital y el trabajo, crisis industriales, rebeliones, revoluciones ó motines*, etc.

Yo no sabré decirnos que papel desempeñan en el plan de la creación esas enfermedades, así las físicas como las morales; pero lo que sé es que unas y otras son tan antigua como el mundo; que de unas y de otras se hallan casos esporádicos y terribles epidemias en los anales de los pueblos más primitivos; y que la patología humana, tanto la médica como la social, no ha variado sustancialmente desde los tiempos más remotos.

En efecto, observa el Sr. Monlau que el *pauperismo* es ineludible, como lo es también la *criminalidad*. Respecto del primero, está convencido de que sabía mucho más el Divino Fundador de nuestra sacrosanta religión al decir *Pauperes semper habebitis habitaculum*, que no el buen Enrique IV de Francia, que se proponía que cada francés llegara á poder poner gallina diaria en el puchero. En cuanto á la criminalidad, creía que á fuerza de estudio, de paciencia, de benevolencia y humanitarismo hubiera podido la sociedad domar ese monstruo; pero ve que es dolencia incurable, que difícilmente podrá atenuarse, ni siquiera medianamente paliarse, á no emplear otros recursos que los muy empíricos, egoístas é inertes, de que hasta ahora se ha echado mano. Los códigos penales le producían el efecto de una farmacopea de cirugía social, y esperaba que ésta podía curar la enfermedad, como se curan siquiera las dolencias quirúrgicas ordinarias. Todo en balde.

«Sí, continúa el nuevo académico, algo, y aun mucho, de fatal é ineluctable hay que reconocer en esa persistencia, millares de veces secular, de la criminalidad. Abrid los anales del crimen, y en su primera página, casi contemporánea de la creación, hallareis ya un fratricidio; seguid leyendo la sangrienta historia, que es obra larga y nutrida, y de letra muy compacta, y en el fascículo ó entrega última os encontrareis, por remate, con el múltiple asesinato de THÉOPHAXIS... ¿Qué es esto, señores? No vais ahí una mano de hierro, una ley ineludible, un algo inexorable y fatal, que se está como riendo del libre albedrío de los individuos, y lo anula, y se le sobrapone? Así es la verdad; y el tributo de lágrimas y de sangre que impone aquella mano inexorable, se paga en todos los países con una regularidad espantosa, con una regularidad mucho mayor que las contribuciones votadas en nuestros presupuestos económicos. Al ver tanta regularidad y constancia, al ver que en definitiva el libre albedrío individual queda invenciblemente sometido á una especie de voluntad social sintética, implacable y ciega, les ha ocurrido á algunos autores sospechar si, bien mirado, será la sociedad la que prepara el crimen, y el criminal un mero instrumento que le ejecuta. Esta sospecha hace estremecer, y, sin embargo, no deja de ser fundada hasta cierto punto, porque el individuo no tanto es el producto de su organización, como del medio material y moral en que vive; esta atmósfera material y moral la crea el poder social; el poder social la infesta ó la purifica, según el uso que de sus facultades hace; á él le alcanza, pues, una buena parte de la responsabilidad; él es el co-responsable no tan sólo de la criminalidad, sino de todas las demás plagas morales, que se hallan tan tristemente consideradas, como necesariamente relacionadas están entre sí las enfermedades orgánicas con sus síntomas. En la criminalidad y demás miserias morales de un país veo yo el espectro de las faltas cometidas, de la negligencia y omisiones del poder social, cual es un idiota de nacimiento ve el fisiólogo al espectro de la rubeola, de la embriaguez habitual, de la estupidez de sus padres ó de sus abuelos.

—Bien comprendereis, señores, el sentido en que debo tomarse esa responsabilidad social de que acabo de hablar; ni necesito añadir que el poder social no organiza el crimen á sabiendas, sino inconscientemente, mucho más

inconscientemente que el individuo que lo ejecuta. Este individuo criminal, entiéndase bien, no queda en manera alguna descargado de su responsabilidad, porque, en su esfera, obra libremente, y sus resoluciones, bien ó mal, siempre son motivadas; pero en el organismo social, en esa grande individualidad que llamamos *Sociedad ó Estado*, los libres albedríos de los individuos se hallan grandemente circunscritos, y en el vasto funcionar de la economía social desempeñan el muy secundario papel de meras causas *accidentales*. Por donde resulta que, haciendo abstracción de los individuos y considerando al cuerpo social en su conjunto, los efectos de todas aquellas causas accidentales se neutralizan y destruyen mutuamente, quedando tan sólo campeantes las verdaderas causas en virtud de las cuales existe y se conserva la sociedad humana. Estas causas son el secreto de Dios; nuestra menguada razón apenas puede hacer más que vislumbrar el modo de obrar de dichas causas, y decorarlas con el nombre de *leyes*, para satisfacer un poco nuestra miserable vanidad.

Compara más adelante el Sr. Monlau la patología social con la médica, fíjase en la *terapéutica* de la criminalidad, que al cabo la *esperanza* es lo más importante y práctico, cuando de enfermedades se trata, y observa que lo mismo en medicina moral que en medicina física, hay gran número de remedios estrambóticos y ridículos unos, crueles y desacreditados otros, ineficaces casi todos. ¿Cuán dilatado es el catálogo de las formas de delitos y de penas, y cuán ineficaces casi todas estas últimas! Porque, no hay que hacerse ilusiones; para fundar sólidamente el imperio de la razón en la sociedad, lo propio que dentro de sí mismo, el hombre tropezará eternamente con un sin número de obstáculos, de propensiones desarregladas, de dencas culpables, de hábitos viciosos, de opiniones equivocadas. —Y cuenta con que tales obstáculos, añade el Sr. Monlau, no dependen de causas accidentales ó transitorias, sino de causas permanentes, esenciales, naturales, inherentes á la constitución primitiva de nuestro ser; y cuenta también con que el combate que contra ellos trabaja el hombre ha de ser con las armas de una voluntad enérgica é ilustrada, apoyada en sólidos principios y robustas convicciones. Ni vayamos á eludir la dificultad fantaseando modos de organización nuevos, ó combinaciones artificiales que supongan resuelto lo que precisamente está en cuestión, á saber, que podemos variar el orden moral relacionando al hombre y ajustándolo á un medio que no es el que sirvió para crearlo. ¿Y una tarea! Las leyes del mundo moral son, para el hombre, tan invariables como las del mundo astronómico y físico. Gran merced es que podamos corregir, modificar, ayudar, perfeccionar; pero no nos empeñemos en *evitar*, en hacer cesar los antagonismos perpetuos y naturales, en suprimir el esfuerzo, en rematar de un sólo golpe la lucha, en conseguir un desenvolvimiento armónico y fácil de las naturalezas individuales y de las fuerzas sociales, porque tal empeño es puro sueño y manifiesta locura, vana quimera y verdadera utopía. Nuestra vida actual es una vida de lucha y de combate sin tregua, porque siempre tenemos enfrente á los enemigos; si con ellos queremos transigir ó pactar sin haberlos vencido, nosotros mismos los vencidos y los humillados. El suelo que pisamos es con toda propiedad un *valle de lágrimas*, cercado, no sí, de montes y collados de purísimo ambiente, de serena atmósfera y plácidas perspectivas y gratísimos aromas; mas para disfrutar de tales placeres, es necesario el esfuerzo previo que supone siempre toda ascensión del valle á las alturas. La vida es un certamen cuya adjudicación de premios se verifica en el cielo; nuestra vida presente es un continuo guerrear. *Militat est vita hominis super terram* (Job, VII, 1).

De esa imperfección original y nativa de que adolece el hombre, y de que adolece su *civilización en sociedad*, no se vaya á inferir, sin embargo, que nada podemos, que nada debemos hacer. Al contrario, el hombre es perfectible (¿cómo no ha de ser *perfectible*, si es tan *perfectibilísimo*?); las sociedades humanas son perfectibles también. Algun resultado han de producir la lucha y el esfuerzo que estamos condenados, alguna ventaja han de traer la cultura intelectual y la sana cooperación al orden y al bien universal, que son la obra de Dios. Esto es evidente de por sí, y evidenciado se halla además por la experiencia de los siglos. No podemos alterar, por ejemplo, la talla media del hombre, ni la proporcionalidad de los sexos, ni la ley general de la mortalidad humana; pero estudiando los hechos sociales, y viendo que tal ó cual forma de trabajo, tal ó cual régimen alimenticio, influye en las tallas; que el concubinato tiende á producir menos varones que hembras; que la prostitución es estéril ó muy poco fecunda; que los matrimonios precoces dan un resultado análogo, ó producen hijos con

escasas probabilidades de vida, etc.; claro está que en vista de tales hechos podemos remediar bastante sus efectos, y modificar en algo las leyes de la mortalidad humana. ¿Quién duda de que las han modificado ya considerablemente los progresos, aunque poco rápidos, de la higiene pública, la simplificación de los métodos curativos, la práctica de la vacunación, la libertad del trabajo y otras cien concusas benéficas? No abandonemos, pues, al fatalismo, ni al empirismo, los progresos de la civilización; pero guardémosnos igualmente de exagerar el alcance de la *perfectibilidad humana*, que viene á ser como el *límite* en matemáticas; podemos irnos acercando á ella de continuo, siempre, pero no llegaremos á alcanzársela nunca... —Nunca llegaremos, pues, á extinguir la criminalidad, porque nunca conseguiremos destruir la miseria, la ignorancia, las pasiones y los vicios, que son sus causas impulsivas; pero podremos atenuarla, disminuirla en mucho, rebajar notablemente guarismo de 30.000, que viene á ser el de los atentados contra la propiedad y contra las personas, que anualmente se perpetran hoy en España, y el de 20.000 que es el de la población ordinaria de nuestros establecimientos penales. Mas para alcanzar tan apetecible rebaja, entiendo también que convendría adoptar una terapéutica mucho más enérgica y mucho más racional que la que estamos practicando. Nuestros métodos contra la criminalidad (y casi todos los seguidos en Europa y en América) no son tales *métodos*, sino *expedientes* para salir del paso, quitarnos de la vista á los criminales, encerrarlos y sujetarlos para que no continúen ensuciándonos daño. Con tapar la úlcera, que no es sencilla, sino que está sostenida por un vicio orgánico, con malvendársela, nos hacemos la ilusión de que la curamos. Igual ilusión que las sociedades nos hacen muchos enfermos de dolencia física respecto de sus males ó vicios constitucionales.—Otra semejanza digna de nota hay entre la sociedad y el individuo, y es que ni aquella, ni éste, piensan seriamente en llamar al médico y ponerse en formal cura, hasta que una hemorragia repentina, una hinchazón fuerte, una recrudescencia de los dolores, ó un síntoma peligroso cualquiera, les advierte de lo insensato de su conducta. ¡Esta, no obstante, vuelve á ser tan omisa y descuidada como antes, luego que se ha pasado el peligro ó amortiguado el dolor!

Mas no se crea que el señor Monlau deje de indicar mejoras y remedios para evitar, para atenuar, para castigar la criminalidad. Podríamos transcribir á continuación las más bellas páginas de su discurso, porque llenas están de buenos propósitos y de bellezas morales. Nos dice las condiciones que han de tener los establecimientos penales, y sus directores, porque no han de ser éstos comitres ignorantes, duros y de mal génio, con subalternos y dependientes ignorantes y desmoralizados, sino directores y médicos respetables por su carácter, lucas é instrucción, buenos estudios y larga práctica, encomendando la asistencia y trato de los presos y penados á esas congregaciones religiosas que en pocos años han producido tantos beneficios en algunos penitenciaros de Francia, de Alemania y de los Estados Unidos. Recomendando, en fin, las *obras de misericordia*, y termina su discurso con aquel precepto inmortal del Divino Jesucristo: ¡AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS!

Contesté al señor Monlau, en nombre de la Academia, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel Sanz y Lafuente, individuo de número, de cuyo bello discurso creemos digno de reproducir uno de sus párrafos, por las verdades que en breves renglones encierra.

«Ese hombre no está civilizando: brilla, sí, la civilización material en su ropaje, en su aposura, en el mobiliario de su casa, en sus fastinos espléndidos; pero su alma, su inteligencia, su corazón sobre todo, están por cultivar: al mirarle por fuera le encontraréis culto y civilizado; mas por dentro no hallareis sino un salvaje. No dudo que este pseudo-civilizado, fino, elegante, con sus alardes de literato, muy limpio y perfumado, sea la delicia de los salones; pero estudiadle, y, en general, y con pocas y honrosas excepciones, le hallareis egoísta, soberbio, insensible, duro, indócil, sin respeto alguno á los superiores, menospreciador de la autoridad y de la ley, detractor, maldiciente y libidinoso, y según el viento que pase por su cabeza ó penetre en su corazón, tal vez le veréis algún día cruel, ísico y atrabiliario; y si para saciar sus instintos necesita matar hombres y beber su sangre y devorar sus entrañas, lo hará, sí, lo hará, y ese hijo de la civilización será el asombro de los bárbaros: así sucedió en la Revolución francesa, que por cierto suministró no pocos ejemplos de este género. Pero en lugar de este hombre, dadme un pueblo, un pueblo austero, y habitantes cuyos depravados instintos no hayan sido reprimidos en la infancia; pueblo tal vez con alguna ciencia superficial, con inteligencia acaso, pero

los principios morales; pueblo que sepa siempre aborrecer y nunca amar, rebelarse y no obedecer, menospreciar y nunca respetar, pueblo impío, que profese la blasfemia y sea ajeno á los sentimientos del pudor; pueblo que, en vez de adorar al Señor Supremo, todo lo sacrifica en las aras del delirio; pueblo de pasiones desenfrenadas; pueblo siempre capaz del crimen y nunca del arrepentimiento; que habría sabido siempre enriquecerse, pero nunca sacrificarse por nada ni por nadie; pueblo doloso, desleal y perjuro, á ese pueblo no le llaméis civilizado; no lo consideréis sano; está peligrosamente enfermo.

También ha dado pruebas en el presente año de entusiasmo y celo científico la Academia de Medicina de Madrid, publicando los discursos pronunciados en la inauguración de las sesiones. Han sido dos; ambos notables, cada uno en su género. Cumpliendo con su deber académico, pronunció el suyo el Dr. D. Victoriano Usera, tomando el siguiente tema: *Influencia de la educación física, moral é intelectual en la salud del cuerpo y en la del espíritu.* Tema que desarrollado con profundo conocimiento del corazón humano y de las necesidades de la sociedad, ofrece á grandes rasgos un cuadro de educación física y social del hombre. El Sr. Usera comienza por hacerse cargo del dualismo que existe en el ser humano, el espíritu y la materia, examina sus leyes indeclinables, considera los límites de lo justo y de lo verdadero, exige en el matrimonio la armonía y equilibrio necesarios para el perfeccionamiento de la especie; ocúpase seguidamente de la educación física y doméstica, de los medios de hacerse fecunda en obsequio de la buena moral, y se detiene con este motivo en ponderar los bienes y males que ofrecen la prensa, la novela y el teatro. Hé aquí lo que juzga de este último:

«El teatro puede ofrecer recreo é instrucción, placeres honestos y lecciones sublimes, siempre que corresponda al fin que debe tener en una sociedad, cuyas creencias religiosas inspiran los sentimientos más puros. Pero si el sordido interés se apodera de la escena como objeto de lucro; si rompiendo con todos los respetos hace de los sentidos un comercio y dioses de las pasiones, entonces mina sordamente las bases de la sociedad, y alterando la paz del alma, lleva la disolución al sagrado del hogar doméstico. No dirigiéndose el drama, como más de una vez sucede, á un fin humanitario, y no siendo como en otro tiempo elemento de gobierno, la imaginación del poeta va á menudo á beber sus inspiraciones en la fuente embriagadora de los sentidos, y arroja sobre la escena monstruos en vez de hijos del genio. El público aplaude esas grandes situaciones que le arrebatan con violencia irresistible, sin comprender que se negocia con su sensibilidad y que se pone en tortura su espíritu. En lugar de sentir, padecer; y en vez de espectador, da sí mismo el triste espectáculo de la debilidad humana. Por otra parte, el abuso que se hace de intrigas amorosas, alambicadas y ardientes, no puede convenir nunca á la sensible juventud. Por más que se guarden las consideraciones debidas á una sociedad culta, por más ingenio-

sa que sea la ficción, las victorias de la pasión serán siempre demasiado estrepitosas y aplaudidas en la escena, para que la juventud no sienta arder en su pecho la viva llama que encienden. No es posible que su alma deje de tomar parte en los palpitanes cuadros de ternura, de odio y de celos que se ponen á su vista y se desenvuelven con vivo y seductor colorido, llevando la exaltación hasta el delirio. Dominado el corazón por la fuerza del sentimiento, llora, ama, odia y delira en

una acción más importante que siguió á la anterior fué: ¿qué género de asistencia es preferible para las enfermedades de los pobres?—Entre las interesantes comunicaciones que ha recibido la Academia de dolencias y operaciones notables y de noticias curiosas sobre diversos puntos científicos, figuran: un caso de amputación total de la lengua, practicada por el Sr. Marqués de Toca; datos interesantes sobre la epidemia de crup que ha reinado en el último otoño, referidos por el Sr. Benavente; la ob-

servación de un enorme tumor elefantíaco del escroto, estirpado por el señor Castelo, y consideraciones curiosas sobre la oportunidad de la iridectomía en el glaucoma, hechas por el Sr. Cervera, apoyándolas principalmente en dos observaciones recientes, con éxito muy distinto, apesar de la aparente analogía de las circunstancias. Y con estas discusiones han alternado mil comunicaciones instructivas, informes luminosos al Gobierno, noticias sobre el estado de la enseñanza en otros países, adelantos en los aparatos, etc.—Los temas ofrecidos para el concurso de este año son los siguientes:

I. Señalar diferencias fundamentales entre las enfermedades diatélicas y las discrásicas.—II. Aplicaciones que permite hacer á la fisiología y á la terapéutica el estado actual de la química orgánica.—III. Determinar por ensayos prácticos las condiciones más convenientes para el cultivo en España de las diferentes especies y variedades de adormidera, así como la producción respectiva de ópio y riqueza de éste en morfina.—IV. Estudio crítico de las teorías emitidas para explicar la generación de los elementos anatómicos.—V. Juicio crítico sobre el estado de la medicina española á fines del siglo XVIII.

Finalmente, para el año de 1872, confiando la Academia en el creciente celo de los profesores, adamas de excitar á cuantos se dedican en España al estudio de las ciencias médicas á remitirle sus comunicaciones, para que, dándose cuenta de ellas en las sesiones públicas, redunden en beneficio de la humanidad doliente y den crédito

á sus autores; ha elegido temas de interés práctico y positivo, que ofrece á la laboriosidad de los amantes del saber: uno de ellos es reproducido de los anteriores concursos, por no haberse presentado memorias acerca de él, apesar de la inmensa importancia que tendría su acertada resolución. Los otros dos pertenecen á las secciones de cirugía y de filosofía médica.—I. Qué precauciones higiénicas deberán observarse en la canalización y riego, para evitar todo daño en la salud pública.—II. Del glaucoma, sus síntomas, variedades y diagnóstico diferencial, y del valor de la iridectomía como medio terapéutico considerado en general y con relación á cada una de sus variedades.—III. Memoria biográfica-bibliográfica ó crítica acerca de D. Andrés Laguna.

Mucho nos hemos extendido en esta revista, por lo que no podemos ocuparnos ya de los trabajos de otras Academias y Asociaciones científicas; pero daremos todavía á conocer á nuestros lectores el programa de premios para el año presente que ha publicado la Academia Mé-



DON SEGISMUNDO MORÉ Y FREUNDBERGAST, ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

aqueil momento, porque así lo exige la situación, y después trasporta estas mismas impresiones al teatro real del mundo, con todo el fuego de una imaginación volcánica. Exigir que la juventud, ideal y entusiasta, permanezca indiferente delante de esas reproducciones de la vida, y que no crea y se inspire en lo que tal vez sea en aquel acto una traducción fiel de las borrascas de su alma, es pretender un imposible, ó afectar una candidez que no cuadra en los días que alcanzamos. Si fuera dado á la medicina penetrar en los repliegues del alma, la prohibición de esas emociones se elevaría á axioma para la curación de muchas enfermedades.

El segundo discurso leído en la Academia de Medicina de Madrid es del secretario de la misma, Sr. Nieto Serrano, dando cuenta de las tareas de la corporación en el año anterior. Han sido objeto exclusivo de ella la ciencia y sus aplicaciones á la Administración. La primera cuestión que se debatió en sus sesiones literarias, fué la de fijar hasta qué punto conviene alimentar á los sujetos que padecen enfermedades tífoides. La discus-



LA CIUDAD DE GERONA.—ESTÁTUA DE DON JUAN FIGUERAS, PARA EL SEPULCRO DE DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.



EJÉRCITO ESPAÑOL.—INGENIEROS.

dico-Quirúrgica Matritense. Hé aquí los temas y condiciones del concurso:

I. Biografía de D. Francisco Vallas de Covarrubias (el Divino), y reseña crítico-filosófica y detallada de sus obras (premio de la Academia).

II. Diagnóstico diferencial de la meningitis tuberculosa y medios de tratamiento (ofrecido por el señor don Luis Portilla, protector de la Academia).

III. Juicio crítico-filosófico entre el procedimiento lineal modificado del Dr. Graefe para la extracción de la catarata, y el clásico método á colgajo (ofrecido por el doctor D. Francisco de Asís Delgado Jugo, socio de mérito de la Academia).

IV. Exposición de un método general de análisis inorgánico, aplicable á la extracción de los principios de naturaleza orgánica que se emplean en la terapéutica (ofrecido por D. Félix Barrell, socio de mérito de la Academia).

Se destinarán cuatro premios, uno para cada tema, los cuales consistirán en la cantidad de cien escudos y el título de socio de mérito de la Academia. Habrá además otros tantos *accessit*, que consistirán en el título de socio de mérito. Las Memorias optando á los anteriores premios deberán estar escritas en castellano, latín, portugués ó francés. A cada una de las Memorias que se presenten deberá acompañar un pliego cerrado, en el que conste el nombre y la residencia del autor. Este pliego vendrá señalado con el lema que figure en la Memoria. Será excluido del concurso todo trabajo que venga firmado por su autor ó con indicación alguna que pueda revelar su nombre. Las Memorias se dirigirán con sobre al Presidente de la Academia, y dirección á la Secretaría general de la misma, calle de Capellanes, núm. 10, donde se expedirá á quien lo solicite el correspondiente recibo de entrega. El concurso quedará cerrado el 31 de Octubre de 1870, después de cuyo día no será admitida ninguna de las Memorias que se presenten. La Academia publicará oportunamente los lemas de las Memorias recibidas, así como los de las que la corporación juzgue acreedoras á los premios. Estos últimos serán públicamente adjudicados en la sesión aniversario del año próximo á los autoras de las Memorias premiadas ó á los que para ello se presenten competentemente autorizados, abriéndose en el mismo acto los pliegos que deban contener sus nombres, al mismo tiempo que se inutilizan los que correspondan á las Memorias no premiadas. Toda Memoria recibida para el concurso quedará como propiedad de la Academia.

FLORENCIO JANER.

MARRUECOS.

ARTICULO PRIMERO.

La ciudad de Tánger.—Las mujeres de Berberia.—Nuestros grabados.—Sectas feroces.

I.

Al hablar de este singular país, oren muchos que en él reinan el lujo y la poesía de los célebres cuentos de las *Mil y una noches*.

El europeo que visita cualquiera de las ciudades de Marruecos, entra en ella con el pensamiento lleno de aventuras amorosas; eunuocos y esclavos negros, enteramente adictos á los caprichos de sus señoras, y de serrallos cuyas puertas pueden abrir fácilmente el oro y la audacia.

Desgraciadamente estas bellas ilusiones no tardan en desvanecerse por completo ante la realidad.

Ni hay serrallos perfumados; ni fuentes bulliciosas y artísticas; ni Alhambra en miniatura; ni complacientes esclavos dispuestos á introducir furtivamente al amante aventurero en cómodos y encantadores retretos.

Tánger, lo mismo que las demás ciudades de la costa de Berberia, es una población que visitan bastantes europeos, sin que esto contribuya á modificar las costumbres de las naturales del país.

En Tánger aún hace muy pocos años que se clavaban en las puertas que dan al campo los mutilados miembros y cabezas de rebeldes y delinuentes, y sólo los repetidos ruegos de los ministros plenipotenciarios y cónsules generales que allí residen, han podido relegar tan bárbaro y repugnante espectáculo á las ciudades del interior.

Tánger, visto desde el mar, presenta una agradable perspectiva. La blancura de sus casas, lo esbelto de sus minaretes, cubiertos de pequeños ladrillos de colores, su blanco y extenso arsenal, al fin del que desuellan algunas pintorescas ruinas, restos de la antiquísima *Tin-*

gi de los romanos, predispone favorablemente al ánimo del viajero; pero éste llega á pisar sus calles tortuosas y sócías; ve de cerca aquellas casas que tan bellas le parecieron desde la embarcación que lo condujo, y entónces experimenta un sentimiento extraño en que se mezclan el fastidio y la melancolía.

A pesar de esto ofrece para él tanta novedad cuanto ve en torno suyo, que el aburrimiento no tarda en dejar lugar á la curiosidad más viva.

La calle principal de Tánger, que es como si dejáramos, la gran arteria de la ciudad, presenta una animación extraordinaria á todas las horas del día.

Bombedeo de ella está la plaza de Abastos, el *Zoco* como la llaman los moros, en la cual se venden el pan, las frutas y legumbres, y trozos de carne de buey y de cerbero.

En esta calle también se hallan situadas las tiendas de los comerciantes hebreos y argelinos.

Son estas tiendas pequeñas y de formas irregulares, y sus propietarios, que apenas pueden ponerse en ellas de pié á causa de lo bajo de los techos, aparecen sentados al estilo oriental, entre vistosas telas, armas del país y frascillos de esencias adulteradas.

A uno de los extremos de esta calle se eleva una hermosa mezquita, pudiendo verse desde fuera 7 anchos patios sostenidos por columnas, en los cuales bullen abundantes fuentes destinadas á las abluciones.

Esta mezquita tiene en su entrada principal una escalinata, derruida en partes por la incuria de los moros, no faltando jamás en ella graves personajes que repasan tranquilamente sentados las cuentas de su rosario, ó *centones* de mirada torva y trages harapientos.

Ensimismados en su oración y repitiendo cien y cien veces *Allá* (Dios) es grande, nada es capaz de distraerlos, nada les hace levantar sus ojos del suelo.

Ya pueden pasar en aquel momento por delante de ellos curiosos extranjeros, vistiendo el desairado gabán y la levita, trages de que se burlan grandemente; ya hermosas cristianas con el rostro descubierta, razan por la cual hablan con bastante desprecio de nuestras mujeres; ya, en fin, la comica, aun cuando sangrienta comitiva que distingue á las justicias de sus bajos, que no conseguirán tan variados objetos cautivar la atención del moro que se halla orando. Creemos que en aquel momento sufriría la muerte, sin dar la menor señal de sentirlo, sin lanzar un sólo grito.

Es Tánger una ciudad sinamente sana, apesar de los focos de infección que existen en sus calles, en donde no es extraño ver gatos, perros, y aun hornicos muertos, que nadie se cuida de conducir á otro sitio de ménos tránsito.

Tánger, á ciertas horas del día, presenta en todas sus calles cuadros animadísimo y un tanto pintorescos, que un pintor de talento no desdeñaría.

Vense por todas partes moros con ricos y airados trages montados en poderosas mulas*, á los que suele preceder un criado á pié gritando desahoradamente: *báhar* (aparta).

Rebaños de camellos, que alargan sus cuellos largos y pelados rumiando continuamente, caminan al compás, sin mostrarse muy sensibles á los golpes que en ellos menudean sus conductores, que no tienen para los pacíficos animales más que estas *caricias* y algunas terribles maldiciones que les prodigan á causa de su paso tarde.

Moros tapadas de piés á cabeza; hebreos de Jerusalem y del país con sus hopalandas negras, llevando los primeros anchos turbantes en forma de plato y los segundos gorros pequeños y achatados; infinidad de chiquillos y perros que difícilmente corretean por entre el gentío, y muchos soldados, ya á pié, ya caballeros en fogosos caballos árabes, circulan, se confunden, se empujan y aglomeran, en aquellas calles torcidas y de piso desigual.

Agregad á esto la comitiva de una boda que conduce los pendones de uno ó más *santos* tenidos por tales en vida; el ronco son de las gaitas moras y los destemplados gritos de los vendedores de agua, de los cuales es copia exacta uno de nuestros grabados, y podreis formaros una idea de lo que son las calles de Tánger.

Entre tanta variedad de trages y colores, destacan, de una manera bien pobre ciertamente, nuestros pobres vestidos y algunos horribles sombreros de copa alta, con

* A los cristianos les está vedada la entrada en los templos mahometanos. Hace poco tiempo que un inglés, sumamente curioso, aprovechando un momento de descuido, se atrevió á penetrar en uno de los patios exteriores de la mezquita de Tánger; al revimiento que por poco le cuesta la vida.

* Los moros que no pertenecen al ejército, no montan más que en mulas. Los célebres y hermosos vallos árabes sólo sirven para los soldados.

que se presentan sobre todo los ingleses procedentes de la vecina roca que se llama Gibraltar.

Las moras van cubiertas de piés á cabeza por las calles, no enseñando más que los ojos, que generalmente son negros, grandes y rasgados. En cambio pueden admirarse los encantadores rostros de las hebreas, que sourien con bastante agrado y aun diremos provocativamente, al extranjero á quien seducen sus bellísimos ojos, la finura de su cutis y lo sonrosado de sus labios frescos.

II.

Ya que hemos hecho mención de las mujeres de Marruecos, diremos algo acerca de sus cualidades y costumbres.

Las moras, efecto quizá del clima en que viven ó de la continua clausura en que las tienen sus padres y esposos, se muestran muy aficionadas á los cristianos.

Ellas saben que entre nosotros la mujer es reina y no esclava. Ellas saben apreciar las deferencias que guardamos con el sexo bello, y sólo el temor al castigo puede contenerlas en ciertos límites.

Sin embargo, en los baños públicos á que son sumamente aficionados, y en donde como se puede suponer no entran los hombres, suelen fraguarse algunas intrigas. El moro que espía á una de sus mujeres, sigue sus pasos al salir del baño, engañado con un traje enteramente igual al que llevaba su esposa. La sigue; pero no tarda en convencerse que aquella mujer no es la suya. Entretanto la infiel ha desaparecido, y sólo Dios sabe á qué cita culpable ó á qué escondido lugar fué quizá á faltar á sus deberes.

En ninguna parte del mundo se castiga tan horriblemente el adulterio como en Marruecos.

Ya encasjan á la culpable en unas tablas fuertemente unidas á las que dan toscamente la forma de su cuerpo, y anténdolas la cara con miel, las exponen al sol hasta que mueran de hambre y de sed, ó encerrándolas en un enorme saco, en que meten vivoras, gatos monteses y otras alimañas, las arrojan al mar ó á un río cualquiera, en donde, como pueden suponer nuestros lectores, tienen una muerte corta, pero horrible.

Estas pobres criaturas, bellas, ardientes y apasionadas, baten en vano en sus esposos un amor fújico, grande y sincero como el que ellas sienten; pero sus tiránicos señores tienen que compartir sus afecciones entre varias mujeres, entre las que suele haber una que obtiene la preferencia, si no por la belleza, poniendo en juego hábiles secretos de una voluptuosidad que sólo una imaginación extraviada pueda concebir.

La costumbre de tener rivales no es bastante á evitar tempestuosas escenas de celos y crímenes, rason por la cual los moros ricos tienen una casa para cada una de sus mujeres, á las cuales visitan alternativamente ó según su capricho.

¡Cuántas lágrimas, cuánta desesperación ocultarán aquellos encierros!

Pintan las moras su rostro haciendo pequeños ramos en la frente y en la barba con una yerba llamada *jama*, y adornan sus magníficos cabellos con sartas de perlas y corales.

Sus vestidos, que son por lo general en las ricas de gasas y muselinas finísimas bordadas de seda y oro, tienen bastante parecido al trage con que suelen pintar á Zulama, la poética amada de nuestro gran Gonzalo de Córdoba.

Respecto á las hebreas, visten con más riqueza que gusto, y no es extraño ver, aun en las pobres, hermosos collares de perlas y esmeraldas y costosos aderezos de oro.

Las hebreas son por lo general bellísimas y apasionadas, y susceptibles de sentir profundas pasiones, bien al revés de los hombres de su raza.

Otro de los grabados que damos hoy al público, representa una vista de un arrabal de la inmensa ciudad de Marruecos.

Altas tapias hechas de tierra y ladrillo y grupos de palmeras que se destacan sobre el fondo oscuro del horizonte, son los objetos que copia fielmente este grabado.

Es tanta la verdad que hay en él, que el que esto va escribiendo, se creó momentáneamente trasportado á aquellos lugares que visitó no há muchos años.

III.

Existe en toda Berberia una secta de moros fantásticos que se llaman los *Isaguar*, los cuales tienen tanto odio á los cristianos, que todas sus conversaciones están salpicadas de maldiciones terribles para nosotros.

Estos moros se rennen en las plazas públicas en las grandes solemnidades, y allí tiene lugar una escena extraordinaria que hemos presenciado muchas veces.

Cogidos de las manos y formando un círculo inmenso, comienzan los issaguas á dar vueltas pausadamente al compás de un canto triste y monótono.

Este canto va haciéndose cada vez más y más vivo y las vueltas más rápidas, hasta parar en desenfadada carrera. Dentro del círculo hay una pobre ternerilla que muge dolorosamente, cual si adivinase el triste fin que la aguarda.

Cuando los issaguas, medio embriagados con su extraña danza, sus cantos salvajes y el olor de la pólvora (pues es de advertir que en toda fiesta de moros hace un papel principal la espindarga); cuando el fanatismo religioso de aquellos hombres llega hasta el furor, entonces se arrojan como fieras hambrientas á la estremecida ternerilla, la cual en un instante es hecha pedazos con uñas y dientes, y devorada cruda por los issaguas, los cuales no dejan de ella más que los huesos tibios y ensangrentados.

Esta escena repugnante, horrible, trae á la imaginación de cualquiera que la contemple los feroces canibales de la Oceanía.

La secta de los issaguas se divide á su vez en otra porción de sectas, cuyos individuos se llaman los hijos del *León*, los hijos de la *Serpiente*, los hijos del *Tigre*, y con otras denominaciones por el estilo.

Cada secta tiene su canto especial destinado para las danzas, cantos que respiran barbarie y ferocidad.

«Nosotros somos (dicen los unos) los hijos del león. Tenemos uñas y grandes colmillos como nuestro padre, y nos gusta mucho la carne palpitante y ensangrentada.»

«Mordemos como las serpientes (ahullan otros haciendo mil viajes y retorciéndose como si efectivamente fuesen reptiles). Silbamos como la serpiente, y también tenemos veneno como ella.»

Hé aquí una pequeña muestra de aquellos cantos sanguinarios expresados con viajes tan horribles como ridículos; con ahullidos espantosos, con los cuales pretenden imitar á las fieras, de las cuales se confiesan hijos.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

CÁNTIGA.

Á OLVIDO.

Cuando la noche tiende callada
Su azul cortina de luz bordada,
Cuando la brisa que ráuda gira
Por el espacio ríe á suspira,
Fébril ensueño llana mi mente,
Mi pecho halaga, quema mi frente.
Entonces oigo como un suspiro
Que al fondo llega de mi retiro,
Y hallo una rosa bella y galana
Que abre sus hojas en mi ventana.
—Su perfumada, roja corona,
Con claros visos se tornasola;
De blanca luna los resplandores
Dan á la rosa brillo y colores;
El fresco ambiente puro y sereno
Deja la rosa de aromas lleno;
Y entonces oye mi fantasía,
Como el acorde de una armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

«Yo soy la rosa de Alejandría,
Con suave aroma, brillo y colores,
Me trasplantaron de Alejandría
Los dulces géneos de los amores.
Soy linda mariposa
De los vergeles;
Color toman mis lábios
De los claveles;
Como una fuente mi voz resuena
De melodía y encanto llena,
Y en mi sonrisa,
Calor halla y perfumes
La blanda brisa.

Yo del acacia guardo el aroma,
La perla envidia mi tez preciada,
Y el sol de junio su lumbré toma
De los destellos de mi mirada.

De las amantes quejas
Nunca me cuido,
Me apellidan los hombres
Flores del olvido;
Tiene mi talle tal gallardía
Que la palmera lo envidiaría,
Y mis cabellos,
Del ébano y la noche
Tienen destellos.
Me cierno en brazos del áura leve,
Perlas y flores brotan mis huellas,
Fingen mis manos nitida nieve
Y causo celos á las estrellas.
Es mi boca una fresa
En dos partida,
De nardo perfumada,
De miel teñida;
Mi ardiente aliento que el viento lleva
Su aroma toma de la azucena;
Guardan mis labios
Suspiros y esperanzas,
Dichas y agravios.
Pobre poeta que estás dormido,
Yo tus ensueños encantadores
Desde mi tallo gentil presido,
Y les doy vida, luz y colores.
Yo presto á tus cantares
Grata armonía,
Con los ricos acordes
Del alma mía;
Por mi tu espíritu veloz se lanza
Tras de las huellas de la esperanza.
Yo en tu memoria
Noble ambición enciendo
De nombre y gloria,
Yo guardo cantos como el arullo
Con que se aduarme la mar inquieta;
Sueños de aromas como el capullo
Blanco y morado de la violeta.
Ricas inspiraciones
Tiene mi alma,
Fulgores deslumbrantes
Del cielo en calma,
Sobre mis hojas la Providencia
Vertió fragante, morisca esencia;
Con alegría,
Te prestaré, poeta,
Mi poesía.»

Plagó sus hojas la flor preciosa,
Quedó la noche muy silenciosa,
Con ilusiones el alma ufana,
Tendí mis ojos á la ventana;
La flor no estaba, ni bien querido
Como un perfume desvanecido,
En blanca niebla se convertía
Al primer beso del nuevo día.
Comprendí entonces que me engañaba,
Que de mi sueño ya despertaba,
Y como el alma se agita pura
Tras los delirios de mi locura,
La noche anhela mi fantasía,
Y oír en triste dulce armonía,
Los dulces cantos que exhala ufana
La flor hermosa de mi ventana.

J. TOMEO Y BENEDICTO.

ARMONIAS ÍNTIMAS.

(IMITACION DE ZANELLA.)

Voces secretas que en murmullos suaves
De misterios llevais mi fantasía,
Dulces susurros, vibraciones graves,
¿Quién os envía?

¿Alguno me calumnia? ¿Es que insensatos
Sus lenguas contra mí los necios mueven,
O es que sirvo de mofa á los ingratos
Que algo me deben?

¿Alguno me recuerda? El leve ruido
Que remeda los ecos de una lira,
¿Será acaso de un bien desvanecido
La mágica mentira?

¿O de aquellos amigos de la infancia
Que en la tumba reposan olvidados,
Vendrán á mí salvando la distancia
Los ayes apagados?

Ora os traigan las olas ó los vientos
Nuncios á ser de pena ó de ventura,
Que os oiga siempre yo, caros acentos
De un nada que murmura.

Vosotros sois las voces encantadas
Que de este mundo al otro se dan cita,
Y en vuestras vibraciones ignoradas
La Creación palpita!

MANUEL DEL PALACIO.

Florença, 1800.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

por

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

CAPITULO XV.

LA VIZCONDESA.

El tocador de la vizcondesa del Arco parecía un oratorio en que no se rendía culto al espíritu, sino á la humanidad de su hermosa propietaria. Grandes espejos destinados á reproducir su imagen, una especie de altar con todas las maravillas de la perfumería parisiense, consagrado á perpetuar la belleza de Amelia, y un diván de cabecera y otros muebles á cual más cómodos para proporcionar el más blando reposo á los delicados miembros de Amelia. Ni un libro el más superficial en aquella habitación de dama ociosa, ni una obra artística en aquel camarín de princesa, ni un florero en aquel gabinete de criolla, ni un retrato de hombre en aquel aposento de mujer; nada que pudiese distraer el ánimo y apartarle de una adoración exclusiva hacia la divinidad que presidía aquel coquetón y perfumado templo; nada que indicase recuerdos ó esperanzas; Amelia debía pasar allí las horas en una especie de letargo, narcotizada por los aromas y cuidando de sí misma como de esas flores tropicales que se conservan en estufas.

Una elegante colgadora dejaba entrever otro aposento pequeño y estucado; acaso en él se guardaba de las miradas indiferentes ó curiosas alguno de esos objetos que se echaban de menos en el tocador, el cual delata las afecciones íntimas de Amelia. Nada de eso: allí sólo había un baño de mármol, varias sillas y otro espejo.

La vizcondesa del Arco parecía divorciada de su alma; todo para su hermosura y comodidad; todo para su cuerpo.

Aquel día, reclinada en el diván en su actitud más fascinadora, sonreía á Teodoro, que estallaba de gozo al verse admitido en aquel misterioso recinto y hacia los cálculos más halagüeños por tan inesperada confianza.

—¿Conque D. Braulio y Herrera no han vuelto á visitarte?... decía Amelia examinando á Teodoro fijamente.

—Me he convertido en espía de Luciano y puedo asegurar á Vd. que no se han visto; Herrera apenas sale de casa y sólo algunas noches ha abandonado su habitación para rondar inútilmente la calle de Clotilde.

—¿Inútilmente?...

—Hasta anoche, en que logré sobornar al portero de la niña; ¡oh! Fué una seducción difícil y arriesgada. El asturiano se negó á recibir un napoleon, dos, cinco, el doble, por escuchar unas palabras, y señaló á Herrera la puerta con gran dignidad, asegurándole que daría parte á la señora: Luciano, desesperado, tuvo una feliz inspiración, y dijo con tono lastimero: «Amigo, no siento el desaire, sino recibirlo de un paisano.»

La vizcondesa no pudo menos de sonreírse: sabía que un buen asturiano puede negar su bolsa al hombre más solvente, su corazón á la doncella más enamorada; pero nunca negará sus servicios á un paisano.

Teodoro prosiguió.

—¿Paisano?... dijo el portero, y entonces le permitió su conciencia aceptar las diez monedas.

—En resumen...

—Luciano salió con aire satisfecho, y yo que sólo había oído con gran riesgo la parte del diálogo que he referido, entré en la portería. «Acaba Vd. de hacer traición á su señora», exclamé sin más preámbulo; «se ha vendido Vd. por diez napoleones...» El portero, aterrado,

me interrogó con una mirada estúpida y sin acertar á disculparse. «Puedo perderle á Vd. por su mala acción, y lo haré si me calla Vd. algo de lo que aquí ha sucedido.» La severidad de mis palabras y las monedas de Luciano, que sonaron indiscretamente en un bolsillo del portero, decidieron á este último,

—Es Vd. impagable Teodoro, y su conducta merece una gratitud sin límites.

—¡Gratitud?... repuso el joven algo descontento.

La vizcondesa en vez de contestar le dirigió una mirada llena de promesas: Teodoro, fascinado, olvidó al portero y á Luciano, y olvidándose de sí mismo se apoderó de una mano de Amelia. La criolla cerró los ojos como dominada por una corriente magnética; pero en realidad, para dejar en aquel momentáneo contacto que Teodoro absorbiese el peligroso fluido que se desprende sin cesar de toda mujer hermosa.

De repente Amelia separó la mano y tomó en el diván una postura más honesta, no sin aprovechar aquel brusco movimiento para enloquecer más á Teodoro y satisfacer su orgullo de cubana.

—Es Vd. un atrevido, dijo con voz áspera, y al mismo tiempo sus ojos fingían una languidez extraordinaria: si no tiene Vd. más prudencia, evitaré en adelante nuestras entrevistas.

Toda la dureza del lenguaje era suavizada por la dulzura y expresión de las miradas. Teodoro se contuvo; pero en vez de perderlas, aumentó sus esperanzas.

—Perdon, exclamó con voz humilde; la blancura de esa mano me disculpa; un santo, hubiera pecado.

—Ea, pues: no quiero que mis pobres manos sirvan de pretexto para esos arrebatos. Y Amelia las ocultó en los bolsillos de la bata. Ahora oñénteme Vd. el resultado de su entrevista.

—De lo más satisfactorio, respondió Teodoro con orgullo; el portero sabe que Herrera es ma-

drileño y no le perdona su impostura, por lo cual seguirá fingiéndole adhesión y recibiendo las cartas destinadas á Clotilde: el miedo de perder su plaza le pone á mi servicio y me entregará todas las cartas...

—¡Oh! dijo la vizcondesa con alegría, es un triunfo completo, y por un impulso irresistible sacó una mano del bolsillo. Teodoro quiso aprovechar aquel instante de benevolencia; pero la mano desapareció rápidamente entre los pliegues del vestido.

—No he concluido todavía: el portero es hombre de palabra y en mi poder tengo la carta que hoy debía ser entregada á Clotilde.

—¿De veras? dijo Amelia sonriendo; pero quedando lánguido pensativa.

Teodoro no se hizo cargo de aquella ligera nube y sacó la carta con verdadera vanidad.

—Aquí la tiene Vd.

Iba á tomarla Amelia; pero se detuvo con coquetería: el joven comprendió que el favor que solicitaba estaba ya acordado.

—¿Dónde la coloco? Añadió Teodoro al ver que la condesa no alargaba el brazo.

—Será preciso que la lea Vd. primero...

—Es una cita.

—Lea Vd.: lea Vd.: que soy curiosa.

«Clotilde:

Nos espían y no podemos vernos: el papel es mal intérprete de sentimientos que requieren á la vez expansión y reserva: necesitamos hablarnos sin testigos.

disgustado: vizcondesa, Vd. busca un pretexto para no alargar la mano y tomar el documento.

Amelia sonrió con dulzura.

—No puedo hacer semejante desaire á quien tantas molestias ha sufrido por mi causa.

Y extendió la mano, abandonándola á las apasionadas caricias del joven.

—Teodoro! dijo Amelia con severidad: abusa usted de mi situación, y se retiró con fingido rubor al otro extremo del diván, en donde tomó la postura más hábilmente combinada para embriagar á los incautos.

Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de guardar la carta de Luciano Herrera.

Teodoro, cada vez más trastornado ante aquella diestra mujer, que excitaba con violencia sus sentidos, exclamó con acento lastimero.

—Pues, bien, Amelia, confieso que no puedo contenerme; pero repare usted que mis arranques están bien motivados. Ejerce Vd. sobre mí una influencia irresistible: ello es que nos conocemos hace poco tiempo, y en este corto intervalo ha variado mi existencia: por Vd. únicamente prosigo mis relaciones con Adela, que me son enojosas; porque Vd. lo exige, espío constantemente á Herrera y á D. Braulio: á riesgo de una sorpresa introduje á Vd. en la habitación del primero para escuchar la entrevista de Carlota: con la seguridad de producir un confieso, revelé al segundo los amores de su esposa: luego mi vida sin vacilar un sólo instante, y créalo usted, Amelia, soy cobarde, soy el hombre más tímido del mundo. ¿Cómo se explica este milagro? Fácilmente: he dejado de existir por cuenta propia: estoy dominado, absorbido por Vd., y siendo así, ¿puedo vencer la atracción que me lleva hácia Vd.?

Aunque Amelia fingía escuchar, estaba distraída.

—Teodoro, dijo por fin, separémonos.

El pobre joven abrió los ojos asustado.

—La he ofendido, exclamó interiormente, ha sido una indiscreción hacer alarde de mis méritos.

—Mañana nos veremos á esta misma hora, añadió Amelia, y le exigiré á Vd. el mayor, pero acaso el último sacrificio.

Teodoro respiró; la vizcondesa lanzó un suspiro, y de sus ojos negros se desprendió un fluido ardiente y voluptuoso.

—El hombre nada arriesga cuando ama, y la mujer lo arriesga todo, prosiguió la dama: nosotros no podemos entregar el corazón sin exigir pruebas evidentes de cariño.

—Y ¿dada Vd. todavía? dijo Teodoro con reconven-

ción.

—Mañana saldré de esas dudas, respondió Amelia levantándose.

—¡Me ama! Me ama! repetía Teodoro mientras bajaba la escalera.

(Se continuará.)



LEONDA EN 1870.—ESTÁTUA ECUESTRE DE DON JOSÉ I. EN LA PLAZA DEL COMERCIO *.

¿Cómo burlar la vigilancia de todos? La manera es sencilla: haciendo lo que nadie jamás sospecharía.

¿Me darás esta prueba de amor?

No te la exigiré, á no ser porque en ella está envuelta nuestra felicidad.

Peró... es necesaria.

Si no quieres nuestra desgracia, acude al Teatro Real mañana á las dos de la noche, cuando todos duerman, porque te espero en el palco principal núm. 3. Tu criada es fiel y puede acompañarte.

Te espero: ten valor y confianza.

De lo contrario, cuando podremos vernos si por todas partes nos espían? Y desde que nos espían, te quiere cada vez más,

LUCIANO HERRERA..

La vizcondesa reflexionaba.

—Y bien! dijo Teodoro interrumpiendo sus pensamientos.

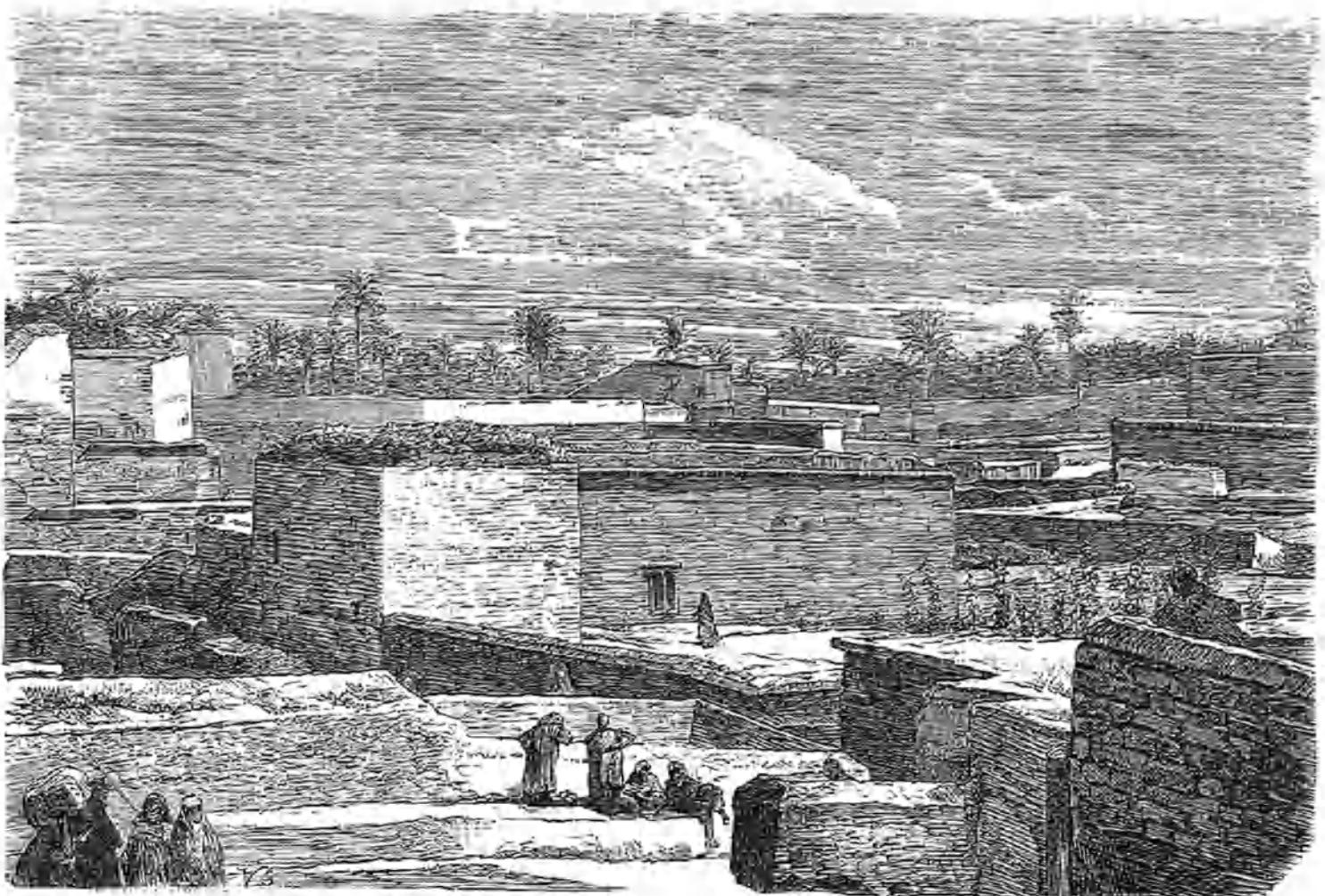
—Creo, respondió Amelia, que Luciano pretende una locura, y en interés de la pobre Clotilde debemos evitar que la carta llegue á sus manos.

—Es decir... que debo romperla... repuso Teodoro

* Véase en el número anterior el artículo II de la serie que hemos empezado á publicar bajo el epígrafe de *Historia en 1870*.



EL AGUADOR AMBULANTE.—TIPO MARROQUI.



UN ARRABAL DE LA CIUDAD DE MARRUECOS.

DON SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

Dotado de palabra fácil y elocuente, de clara inteligencia y de altas prendas de carácter, desde el momento en que entró á figurar en la vida pública, haciendo sus primeras armas en el campo de la ciencia política ántes de bajar al de la práctica, cuantos siguen con alguna atención el movimiento intelectual y político de la España moderna, comprendieron que el Sr. Moret estaba llamado á colocarse muy en primera línea entre sus hombres más notables.

La revolución de setiembre, llevándole al seno de las Cortes Constituyentes, proporcionó más ancho espacio al desarrollo de su personalidad como orador y hombre político, facilitándole ocasión propicia de elevarse á la altura suficiente para ocupar, más bien con aplauso que con asombro del país, un ministerio tan importante en las actuales circunstancias como el de Ultramar.

Ya al frente de este departamento ha tenido la rara fortuna, ó mejor dicho, ha tenido el gran talento de asociar su nombre al acto más trascendental, más importante, y de seguro más definitivo y permanente de la revolución de setiembre, la abolición de la esclavitud.

Para ocupar un lugar en la historia, no en la historia al pormenor de las palpitaciones políticas, crónica de menudencias y personalidades, llena de interés hoy, olvidada mañana, sino en la grande historia en que sólo se consignan los hechos que determinan nuevas fases del espíritu humano, ya bastaba al Sr. Moret haber escrito la última frase de redención en esa dolorosa página de la esclavitud en los tiempos modernos, que siempre leerán con interés y asombro las generaciones venideras.

No obstante, el Sr. Moret, como algunos otros pocos hombres nuevos, tiene además una gran importancia para el porvenir.

Colocado á la vanguardia de la nueva generación política, cuyos hombres, unos en puestos avanzados, otros con el arma al brazo, aguardan la realización de los grandes problemas que hoy se agitan en España, será una de sus importantes figuras cuando, desapareciendo la generación política que la antecede, suene la hora de que los elementos jóvenes den un paso adelante.

H.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS.

(Continuación.)

Paróse viendo la curiosidad de los caballeros, y encarándose con ellos, les dijo:

—Perdóneme vuestras mercedes; pero si por ventura apetece ver una gentil comedia, acidan al corral de la Pacheca*, en donde trabaja la compañía de Alonso de Olmedo, que mal año para las de Sebastian de Prado, Pincho, Tomás González y todas las de la villa, si hoy no tuimos la mejor y más famosa comedia que hace mucho tiempo han visto corrales, y si no vengun vuestras mercedes, que no les dolerá y verán cómo me pongo en lo muerto.

Y esto dicho, dió á correr hácia otra esquina, llevando detrás la cáfila de rapazueros, que le vitoreaba con desaforados denuestos.

Celebraron el suceso nuestros caballeros, y en esto ya daban vista á la puerta del corral, que bien se conocía ser ella, por la muchedumbre que se daba prisa en entrar.

—Por mí cuenta aún no debe de ser tarde; pero parece que las gentes no quieren perder ripio, según la diligencia que llevan.

—No lo extrañéis, D. Luis; que gente habrá ya en el

patio y desayunos que se habrá venido sin comer*, pues de éstas se ven muchas, y en especial las mujeres, que por lograr un buen sitio en la cazuela, no piensan en otro y creo que amanecerían en el corral porque no les quitasen el sitio. Mirad, tengo en especial una vecina, mujer de un zapatero, caudillo de la mosquetería*, que el día en que acude al corral no come hasta despues que ha salido, y á las doce del día ya la teneis aposentada en la birandilla de la cazuela.

—Pero ved; allí entre la confusion parece que se ha movido una pelea y andan á porrazos; llegan algunos á poner paz.

Y en efecto, se aproximaron tratando de apaciguar á los contendientes, y el uno de ellos vieron que era uno de los farsantes encargado de cobrar á la puerta, y por él supieron que la pelea habia sido porque su contrincante habia querido entrar de momo, á causa de haber visto á otro que por su calidad tenia ese privilegio*, y que como ya fuesen muchos los que de él querian gozar, eso era muy en menoscabo de su hacienda, porque se les llenaba el corral de gente baldía.

Preguntaron entónces al aporreado portero por el precio y les dijo, que si pensaban quedarse en el patio, fuesen servidos de darle cuatro cuartos; pero que viendo su traza, se conocía que ocuparían bancos de barandilla, por cuyos asientos habian de pagar un real de plata.

Pagó D. Pedro por agasajar al huésped y enderezaron al corral, recorriendo un oscuro pasadizo, al que apenas daba pecadora y macilenta luz un ventanillo estrecho, adornado con una mugrienta y entelarada claraboya, llegando por fin al corral. Era éste una gran estancia desmantelada, pero ya con techado, cosa que pocos años ántes no se veía, estando expuestos los espectadores á todas las inclemencias del cielo.

Toparon primeramente con un sitio espacioso á manera de un patio*, que este nombre tenia, donde con fuerte murmullo estaban apretándose un sin número de gentes del pueblo, que por oír la comedia sudaban la gota gorda, en pie, con los sombreros puestos y codeándose y estrajándose de lo lindo.

Nuestros caballeros pasaron al punto más inmediato al escenario, donde estaban las barandillas, sitio de mucha estima y que consistía en unos asientos de tabla rasa, con respaldo.

* En escritos de esta época, Fay Huidobro de Vargas, dice en unos versos que llama *Corral de Novas*:

Una la farsa y comedia
Y otras cosas semejantes,
Vana tomar puesto antes
Que comiencen hora y media.
Donde estarán otras seis
Sin juzgarlas enfadosas,
Siendo todas estas cosas
Tan buenas como sabéis.

En tal el deseo que tenían las gentes de coger buen puesto, que las mujeres desde muy se iban á la cazuela, siendo de advertir que entónces empezaban las comedias á las diez de la tarde en invierno y á las tres en verano.

* Dábase el nombre de *mosqueteros* á los que en el patio decidían del buen ó mal suceso de las comedias, con las tempestades de aplausos ó silbidos que levantaban, por pasarse muchas veces, pues solían estar divididos en bandos, aplaudiendo unos á un corral y otros á otro, originándose de aquí rivalidades, de que no siempre salían bien librados poetas y cómicos. Se les llamaba *mosqueteros*, á causa de que estaban en el patio de pie, asemejándose á los soldados que están del mismo modo en formaciones y guardias. Estas rivalidades duraron mucho tiempo, y á fines del siglo XVII estaban en todo su apogeo los partidos de *Charritos*, *Palacos* y *Punteros*, defensores los primeros del *corral de la Pacheca*, los segundos del de la *Cruz* y los terceros del de los *Caños del Peral*, que ocupaba, poco más ó menos, el sitio donde hoy está el Teatro de la Opera.

* Habíabos tambien que entraban de balde por obra y gracia de los cobradores; á estos alude Rojas en la jornada primera de *Casaca por casaca*, cuando en boca del gracioso Cuadro dice:

Y así, por no dar enojos,
Me irei tomando la vuelta
Desde sala hasta la otra,
Donde reyes no me vean.
Dando este paso hacia aquí
Con gorralps más bien hechos,
Que dan los que van de balde
A ver *el corral de comedias*.

* Varios eran los nombres de las localidades, como hoy se dice, algunos de los cuales han llegado á nuestros días. Conocíase el *patio*, que lo constituía la vuita posterior de la planta baja; los *bancos*, que era la mitad anterior y equivalía á lo que despues se llama *bancos* y hoy *butacas*; las *barandillas*, que eran la primera fila de bancos y por consiguiente el punto más inmediato á la escena; los *apoyados* ó *palcos*; los *desayunos*, que lo eran verdaderamente y constituían el piso tercero; y la *cazuela*, para sola las mujeres, detrás de los mosqueteros, y en fin, la *quinta*, *casaca*, *de gallo*, que estaba despues de la última fila de bancos, dividido de ellos por un tablon y en donde ya se oía de pie, y *atrapas*, que eran dos aposentos más á nivel del patio, debajo de la cazuela.

Una vez en su puesto páuse D. Luis, como forastero, á examinar aquello.

—Decidme, amigo D. Pedro, ¿de este modo hierve de gente el corral todos los dias?

—Puedo deciros que sí, porque es tal la afición que el vulgo ha tomado á esto de las comedias, que por verlas se quitaria el pan de la boca.

—A lo que veo, no es sólo el vulgo el que acude.

—Nada de eso, y ya veis detrás de la celosía de los aposentos cómo se divisan las mascarillas de las damas de calidad que vienen con el rostro cubierto, aquí donde tambien la sátira se disfraza con el antifaz de Talla. ¿Veis? los *apoyados* se llenan tambien de caballeros, que desde ellos contemplan á la multitud que se agolpa en el patio.

—Mucho ruido llevan los mosqueteros, y si la comedia no es de su agrado, vaticino tormenta, según lo rumorosa que ya por allí suena.

—Alhorotada es esa gente, y los poetas la tamen por extremo y tratan de halagarla pidiéndole su aprobación al final de las comedias, y ni la grada, ni los bancos, ni los aposentos, son tan respetados por farsantes y poetas.

—Maravilla será que gente lega en uso de libros juzgue sin pasión, y en más de dos veces se verá por tierra el trabajo de un poeta, por sólo el capricho de esa turba desarreglada.

—Y aún por eso tienen buena cuenta los poetas y cómicos principiantes, ó los que anhelan conseguir un favorable suceso, con sobornar á los capitanes de esa extraña milicia, porque en ellos estriba, y en dando la señal los jefes, así echan por tierra el corral con sus vitorios como derriengan á los representantes con sus *ofrendas de pepinos*.*

—Por cierto que es vida azarosa la de esas gentes, así expuestas al mudable capricho popular, tan vario como difícil de componer. Su afán es contentar á todo el mundo, al pueblo que paga la comedia, á los poetas que la escriben...

—En cuanto á los comediantes, no creais que ellos á su turno se descuidan en hacer trasndar á los tristes hijos de Apolo. Sobre pagarles escaso caudal por sus comedias, que gracias si les dan ochocientos reales*, cuando no se las usurpan y mutilan á su sabor, necesitan á veces los pobres poetas echar requisitorias á los autores de compañías* para que las digan leer y las acepten.

Á mí se me entiende algo de ello por ser amigo de cierto bachiller, gran poeta de jácaras y villancicos, que dias atrás escribió una comedia con el título de *La más valiente amazona*, y se vió negro para que se la oyesa *R-que Figueras*, que, como tan grande amigo de Lope, sólo atiende á las obras del Fenix de los ingneos, y él y todos los de su compañía dieron grande haya á mi bachiller, porque la comedia no fué de su agrado.

—Y entre ellos, señor D. Luis, perdesá vuestra merced que es cuento el refrán de que lobos da una camada no se muerden! Pues nunca lo es ménos que entre estas gentes; no digo ya con las otras compañías que con ellas tiran á matar, y autor habrá que pagaría un pito en veinte ducados por oír silbar en corral ajeno, dígalo por los de un mismo corral, cuando llega la ocasión de repartir papeles ó de encarecer su destreza en el arte.

* Tambien los poetas solian á veces usar bromas con los mosqueteros; así por ejemplo, Marcelo en *El defensor de su agravia* sata al gracioso *Tomasa* disfrazado de soldado borzoñon haciendo el borracho, é imaginándose que está encargado de despejar á la multitud, dice:

Voy á despejar allí:
Pues la genton ha llegado,
De los mosqueteros Roy
Me he de vengar en el patio.
¿Por de aquí? Tened á está;
¡Mirí qui desearguí el palo!
¡Plegálesan...! Algún día
Habrá de vengar *el agravia*.

Este último verso alude al título de la comedia y á los agravios que diariamente recibían los cómicos de la ampliable mosquetería.

* Calderon en *Nadie fia en secreto* (Act. II, Esc. II) dice:

D. ARIAS. Aquí la doncella vive,
Lázaro. Ni la oyes, ni la veas.
Señor, hasta que se haga,
Que son como las comedias,
Sin saber si es buena ó mala
Ochocientos reales cuestan
La primera vez, una luego
han por un real ochocientos.

* Autor de compañías: llamábase de este modo á lo que hoy empresario y director, que solia ser uno de los mismos cómicos, teniendo á su cargo la dirección y administración de la compañía.

* Así llamado por ser propiedad de Isabel Pacheco. Estaba en la calle del Principe y en la plazuela se hallaba tambien el corral de *Buquillos*, y en él se celebraban de la Pasion y Soledad establecieron otro (en el mismo sitio donde hoy existe el conocido con el nombre de Teatro Español), á semejanza del que ya habian abierto en la calle de la Cruz en 1579. Había además en Madrid otros corrales, como el de *la Pasaca*, en la calle del Lobo, el de la fuente del Sol y el de *la Valdelella*.

Ocasión tuve yo de ver esto, un año habrá, en que una compañía de representantes tenía su albergue cerca de mí posada.

Salía un balcon de mi aposento á un gran corral, en el que al sol acostumbraban á aprenderse los papeles, paseando y vociferando, que parecían una jaula de locos. Allí el autor se pasaba, estudiando de unas alforjas descómunes, atestadas de las comedias más favorecidas.

Un día en que ellas y ellos se entretenían en varios domésticos quehaceres, cual tomando puntos á unas calzas de pelo, cual planchando á puro tirones una gran valona que había de secar á la tarde, y cual dama tan aliviada de hásequia que dejaba en descubierto más de lo que para el recato se consiente, falsificando una camisa de cotón encajándole puños y cabezones de caniqui labrado, llegóse el autor diciéndoles que iba á repartirles una *comedia de ruido*, que habían de estrenar de allí á pocos días.

Leyóla el apuntador, sentado en medio del concclave sobre las alforjas y llegó el caso de repartirla; pero aquí fué ella.

Había en la comedia una princesa, que comenzaba la jornada con una larga relación que decía:

Yo, ministro Plebentario,
Que en la rodante estera,
O zambullán monté,
En piras de aprelatos abrasados,
Te pones á la par de mis cubilados;
Mi desventura abarca
Yo que, por suerta jata,
Fué princesa y doncella en Dinamarca,
Ya ni princesa soy; ¡fiera porfia!

La *autora*, que era mujer muy capaz para representar una princesa, sobre todo con tales desventuras, dipató luego para sí el papel, no contando con que lo mismo apetecía otra dama, cuyo marido le había comprado en una prendería un vestido de chamelote de aguas, más traído que manteo de sopista; pero que de lejos podía servir muy bien para una princesa de Dinamarca, sobre todo cuando sus desventuras la habían llevado á tan malos pasos.

Comenzaron las pullas, mandearon los dictados, descargando por fin tan racia granizada de coeces, puñadas y mordiscos, que acudiendo unos por parte de la autora, otros por la del chamelote, y otros á despartir, se armó grande ruido y confusión, á tiempo que una de las dos aspirantes á princesas estaba ya sojuzgada de tal modo por la obra, que troyanos y troyanos pudieron ver en grave riesgo y á la luz del sol las asentaderas de la autora, quien casi perdió con una guedeja el trono de Dinamarca.

Entretando el apuntador, que era un vejete cojo, habla rodado por el suelo, y viéndose molido á coeces y estacazos, gritaba: ¡favor! ¡socorro, que me matan! Y en esto llegaron algunos vecinos, con que pasieron paz.

—No extraño lo que decís, D. Pedro, que de gente de esa ralea na otro puede esperarse, y diariamente se repetirán esas pendencias.

A esto llegaban de su razonamiento, cuando en el patio y entro la mosqúetería empezóse á levantar sorda mareta, que poco á poco fué creciendo hasta dósécha tempestad.

Gritos, denuestos, silbidos, recio patear, baneos y barrantillas, todo parecía presagiar la ruina del teatro, siendo causa de aquel desaturado ruido el que la comedia tardaba á empezar.

Los cómicos sacaban la cabeza por los lienzos para inquirir el motivo y ver de paso si había entrado bastante gente, pues hasta que eso se verificaba no daban principio *, siendo esto causa de que se agotase la paciencia de los que con más diligencia habían acudido.

Miraban también un sitio de los aposentos que permanecía vacío, conociéndose por las señales de impaciencia que esperaban en él alguno por quien se dilataba el principio, y así era, que en el tal aposento habían de ver la función varios magnates encopetados de la corte, á los que los cómicos guardaban tal reverencia *.

A cada vez que alguno asomaba la cabeza por los lienzos crecía el tumulto, hasta que por fin un cómico salió del todo fuera al tabladiño.

Por su traje, luego hallaron nuestros hidalgos en él á su conocido el de los carteles, que aún conservaba el extraño atavío, que sin duda había de servirle para representar.

Viéndole y conociendo que iba á hablar, soségóse la muchedumbre, y entónces, con gentil donaire, dijo el demonio:

—Por amor de Dios! Ruego á vuestras mercedes sean servidos de esperar unos minutos, que en breve empezará la función.

(Se concluyó).

JULIO MONREAL.

UN GRANDE HOMBRE DESCONOCIDO.

¿Habeis oído citar entre los nombres de los filósofos modernos el de Toribio Lopez?

¿Recordáis haber leído la necrología de algun hombre célebre llamado Toribio Lopez?

¿Habeis visto algun monumento erigido á la memoria de Toribio Lopez?

Positivamente no. Y sin embargo, Toribio Lopez fué un gran filósofo. Vosotros lo ignorabais y hasta él mismo se murió sin saberlo.

¡Pobre Toribio! Aún me parece verle en una de esas noches oscuras como una redondilla de Camprodon, frías como un monólogo dicho por el actor Pastrana, interminables como las novelas de Enrique Pérez Escrich; aún me parece verle envuelto en sagaban de paño pardo, con su gorra de hule, y en la mano el chuzo, símbolo de nocturna autoridad, registrando el suelo á la luz del farol, no en busca como Diógenes de un hombre, sino de una cartera perdida ó de una cucharilla de plata arrojada entre la basura por alguna imprudente Maritornes.

En esos momentos la figura de Toribio recordaba á Bonaparte. Verdad es que entre ámbos existían muchos puntos de contacto. Toribio era pequeño como Napoleón, rechoncho como Napoleón y sereno como Napoleón; digo mal, Toribio era mucho más sereno.

Tenia además otra semejanza con el guerrero del siglo; la de ser horriblemente supersticioso.

—Aborrezco el núm. 3— me decía una noche:— todas mis desventuras me han sucedido en esa fecha. El 3 de marzo nací; el 3 de junio me dió una cox la mula de mi tío, de cuyas resultas estubo á la muerte; el 3 de agosto me casé. No lo dude Vd., el 3 es un número fatal. Tras son los enemigos del alma, y hasta la palabra *mal* se compone de tres letras, mientras para formar la del *bien*, que es su antítesis, se han necesitado cuatro.

¿Cuál cree Vd. que fué la causa del pecado de nuestros primeros padres? Los *dos* vivían felices en medio del Paraíso, sin acordarse para nada de las manzanas. Aparece la serpiente, es decir el número *tres*, dá el recadito á mamá Eva, y abur felicidad, abur obediencia al divino precepto. ¿Usted se figura que el talento de aquel animal consumió la seducción? De ningún modo. Si en lugar de una serpiente hubieran sido quince las encargadas de aquella misión diplomática, probablemente á estas horas usted y yo nos pasearíamos por las alamedas del Paraíso; pero la serpiente era *una*, los inquilinos del Edén *dos*; sumados ámbos guarismos componen la cifra nefanda, y hé aquí inatamáticamente probado que la perdición del género humano se debe sólo á la pernicioso influencia del núm. 3. ¡Ay, señorito—concluía diciendo Toribio—mientras haya treses, yo no seré feliz!

Escuso advertir que he consignado el fondo de las ideas y no la forma del lenguaje de Toribio.

Esta superstición era un presentimiento. Tres días despues del en que tuvo lugar la conversación anterior, el tres de enero de 1803, á las tres de la madrugada, día y hora en que el termómetro marcaba tres bajo 0, el inspector de ronda del tercer distrito encontró á Toribio acurrucado en el quicio de la puerta del número tres de la calle de las Tres Cruces.

Que un sereno se duerma, nada tiene de extraño; pero que no despierte al aproximarse el inspector, eso es inverosímil. Veintisiete años llevaba Toribio cantando la hora todas las noches á los pacíficos vecinos de su barrio, y hasta entónces nadie le había sorprendido *infra-grati* entregado á las delicias de Morfeo. El inspector, pues, fué indulgente con esta primera debilidad de su subordinado y se contentó con darle, á guisa de primera amonestación, un puntapié casi cariñoso.

Toribio no se movió.

Segundo puntapié más persuasivo por parte de aquella celosa autoridad, á inmovilidad absoluta por parte del recipiente.

Tercera y última amonestación, y... nada. Toribio estaba helado como un basugo.

Aquella tarde hizo su postrer viaje de recreo en hom-

bros de cuatro séras descoloridos, al parecer estaturas humanas. Seis ó siete personas formaban la comitiva de aquel fúnebre convoy. Al llegar al cementerio general, el viajero se apeó en la última estación, que era la fosa comun; unas cuantas hazadas de tierra cayeron sobre él, y sus amigos se retiraron llorando. Hasta entónces siempre, antes de separarse, había corrido el vino en abundancia: esta fué la primera vez que se despidieron vertiendo agua.

Al día siguiente los periódicos se publicaron en Madrid sin orla de luto, y ningún diputado pidió en el Congreso que se erigiera un monumento á la memoria de Toribio Lopez.

Ahora bien, despues de todos estos detalles, quisiera preguntaros: ¿habeis conocido á Toribio Lopez?

Ya me parece oiros exclamar á coro: "Yo conocí un Lopez.—Yo conocí otro Lopez."

—Señores míos, esos son otros Lopez.

El de que yo os hablo, el que definitivamente ha fijado su residencia en las afueras de la puerta de Fuencarral, Toribio, en una palabra, no es un Lopez cualquier, uno de esos Lopez comunes, vulgares, copleros, como diría Estrada. No desempeñó ciertamente puestos elevados; no fué ni siquiera gobernador. La revolución del 54 le encontró sereno, llegaron los acontecimientos del 55, y él siempre sereno; jamás dió importancia alguna á los cambios políticos, sólo le preocupaban los cambios atmosféricos.

¿Pero qué importa su profesión humilde (nunca oscura), si él supo ennoblecerla y elevarla á la categoría del magisterio? Porque Toribio hubiera podido establecer cátedra de una asignatura que no se enseña en ninguna Universidad: la *filosofía práctica de la vida*.

Para él la noche no tenía misterios. Distinguía perfectamente el ruido que hace la reja al girar sobre sus goznes dando paso á un afortunado galán, del que produce el suave cuchicheo de dos enamorados que, á la luz de la luna y sin más testigos que Dios, se juran amor eterno. Él sabía la hora á que peligran las viruelas. Él hubiera podido explicar la tenebrosa trama de esos dramas de familia que se desenvuelven en el seno del hogar, y cuyo desenlace suele ser la ignominia ó la muerte.

¡Pobre Toribio! Cuando corrías al oír la imperiosa voz del ministro de Hacienda, que te llamaba para que le abrieses la puerta de su casa, al retirarse del Casino, á las altas horas de la noche, cómo había de figurarse aquel orgulloso hombre político, que yo, guardado en la sombra, os contemplaba desde la esquina inmediata, á él, erguido ministro, con lastima; á tí, humilde sereno, con admiración!

Seame, pues, heito dejar aquí consignado este débil tributo de gratitud á aquel á quien debo cuanto se de la vida. Los padres escolapios me enseñaron el latín, que he olvidado, en la Universidad de Madrid cursé el derecho, del que no pienso hacer uso en mi vida; lo que aprendí en mis frecuentes conferencias con Toribio, ni lo olvidaré nunca ni pasa un sólo día sin que tenga ocasión de aplicarlo.

Una sola máxima suya bastaría para inmortalizarle. Voy á reproducirla para terminar, y autorizo á todos los compiladores de sentencias filosóficas, por sí quieren incluiría en sus colecciones.

Hé aquí la máxima:
No os caseis nunca, sin haber hablado ántes con el sereno de la cille donde vivis vuestra vida.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

LA CIUDAD DE GERONA

OFRECIENDO EL LAUREL DE LA INMORTALIDAD

á 1808

MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA.

Escritura del Sr. D. Juan Pigneras

para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.

Al reproducir en las columnas de nuestro periódico las estatuas y monumentos dedicados á la memoria de los españoles ilustres en la época presente, nos hemos dolido del contraste que resulta entre la importancia que en otros países se concede á este género de obras, y la marcada indiferencia con que aquí se miran. Ya propósito de este mismo asunto hicimos notar el extraño fenómeno de que mientras en ciertas provincias la iniciativa local realiza algunas de estas generosas ideas, en

* Así lo dice Zavallota en su *Una de fiesta por la tarde en Madrid y sucesos que se le pasan*, en el capítulo *En la comedia*.

* Había, en efecto, gentes con las que tenían los cómicos esa deferencia, según dice el ya citado Zavallota en la obra mencionada.

Madrid, centro de riqueza, de inteligencia y actividad, ni se acometen empresas semejantes, ni siquiera se ayuda á los que tratan de llevarlas á cabo sin más recursos que los escasos que ofrece una poblacion secundaria.

En el extranjero hemos visto más de una vez levantar estatuas y dedicar memorias monumentales á personajes relativamente modestos y oscuros por corporaciones ó ciudades aisladas, que han recibido directamente el beneficio ó la gloria de las acciones, ó el nombre de igual á quien pagaban agradecidos un tributo de admiracion; pero siempre que se ha tratado de héroes ó de glorias nacionales, que ya no pertenecen á esta ó aquella localidad, el país en masa, el Estado, en representacion del país, ha tendido siempre una mano protectora á los iniciadores de la idea, cuando él mismo no la tenido la fortuna de iniciarla.

Nadie que conozca, siquiera sea ligeramente, los detalles de la asombrosa epopeya de la guerra de la Independencia española, realizada á principios del siglo, ha dejado de pagar un alto homenaje de admiracion á los inmortales defensores de Gerona, entre los cuales descuella, magnífica como la de un héroe homérico á quien la compara el mejor de sus historiadores, la figura de D. Mariano Alvarez.

Tan evidente fué el extraordinario sacrificio que realizó en aras de la patria, geteando achacosos y enfermo hasta que se vió envuelto en las ruinas de la plaza encomendada á su custodia y muriendo al fin víctima de una miserable venganza en el oscuro calabozo del castillo de Figueras, que primero por una ley hecha en Córtes y más tarde por un decreto del rey D. Fernando VII, por dos veces se acordó erigir un monumento que recordara á las generaciones venideras el heroísmo de este mártir.

Pero es achaque de todas las cosas de España helarse la idea antes de llegar á la ejecucion. Bastantes años despues de acordarse por las Córtes y el monarca la creacion del monumento, el general Castaños, de su bolsillo particular, tuvo que costear la lápida que, incrustada en los muros de su calabozo, recuerda el nombre de Alvarez. Hasta una época muy posterior, la iniciativa local, reuniendo algunos medios, no ha podido emprender los trabajos preliminares para satisfacer una deuda de honra contraída por el país entero hácia los que se sacrificaron por su independencia.

Aprobado el proyecto del sepulcro que ha de contener los restos de Alvarez, la comision, dando en esto señalada prueba de inteligencia, encomendó la estatua monumental al distinguido escultor, hijo de Gerona, D. Juan Figueras, ya ventajosamente conocido por las muestras de talento que ha dado en diferentes obras, y del cual hemos tenido ocasion de ocuparnos en las columnas de LA ILUSTRACION, apropósito de la magnífica escalera hecha en la casa de los duques de Sesto.

El Sr. Figueras ha realizado el pensamiento de la comision, dándole una forma sencilla y grave. La ciudad de Gerona, que sirve de remate al monumento sepulcral, deposita una corona de laurel sobre la urna del héroe, coronando, al coronar con el emblema de la inmortalidad al que es su personificacion, á todos los mártires de aquellas gloriosas jornadas. Como expresion de una idea, es de alabar la sencillez y nobleza de la estatua. Como ejecucion, basté decir que es digna ó acaso superior á cuanto ha producido el inteligente cincel del señor Figueras.

Al reproducir en nuestras columnas esta notable obra del arte moderno español, felicitamos sinceramente á los hijos de la noble Gerona, que han podido encontrar en un paisano digno intérprete de sus sentimientos de patriotismo, reuniendo en un sólo monumento dos títulos de gloria para la ciudad: el del héroe á quien se consagra y el del artista que lo ha ejecutado. Grandes han sido las dificultades materiales con que ha tenido que luchar, y no son por cierto pequeñas las que ha de vencer todavía ántes de realizar su propósito, en el que le aconsejamos no desmaye. El general Alvarez, que nació en Granada, que es una gloria militar, que legó su nombre y su título nobiliario á ilustrados descendientes, que es, en fin, un héroe nacional del que todos podemos enorgullecernos, tendrá al fin sepulcro digno de su memoria, pues continuando abierta la suscripcion para acabarlo en su ciudad natal, entre los jefes del ejército, entre sus descendientes, en España entera, se encontrarán sobradamente recursos.

INAUGURACION

DE LOS TRABAJOS DEL CANAL DE CINCO VILLAS, EN ARAGON.

Invitada la prensa madrileña á asistir á la inauguracion de los trabajos de esta importantísima obra, en las columnas de los periódicos diarios han podido ya encontrar nuestros habituales lectores relacion circunstanciada de la ceremonia, de las personas notables que concurrieron á ella y de los elocuentes discursos que se pronunciaron.

Publicaciones que se dedican exclusivamente á tratar del desarrollo de los intereses materiales, han elogiado con justicia el pensamiento de esta empresa, que triplicará los productos de una hermosa comarca; otros escritores se han extendido en consideraciones sociales y políticas acerca de las ideas vertidas en los diferentes é importantes discursos pronunciados por algunos de los asistentes. LA ILUSTRACION DE MADRID, que también mereció á la empresa constructora la distincion de ser invitada, cree completar el cuadro que ya han trazado sus colegas, reproduciendo la parte pintoresca del acto, que por el lugar en que se verificó y la originalidad y carácter de los tipos del país, ofrece sin duda ancho campo al estudio y la observacion del artista.

Uno de nuestros grabados presenta la vista general del sitio en que se celebró la ceremonia, situado al pié de unas colinas y en la hermosa llanura próxima á Tauste. En el otro hemos tratado de dar idea del contraste que ofrecian, al llegar reunidos al punto de la cita, los invitados de la ciudad y los robustos campesinos con sus trages pintorescos y sus actitudes resueltas y gallardas.

Antes de dejar la pluma, daremos nuestros más sinceros parabienes á la empresa, que al mismo tiempo que realiza un importante negocio, hace un bien imponderable á una de las más hermosas provincias de España. Y muy particularmente ofrecemos pública muestra de nuestra admiracion al Sr. D. Antonio Lesarry, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad de Zaragoza, á quien se deben la idea y los primitivos estudios, y que con una fé y constancia admirables ha luchado durante veinte años contra todo género de dificultades, hasta verlo en vías de ejecucion.

EL BRIGADIER CHINCHILLA.

El jóven y bizarro brigadier D. José María Chinchilla, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que tan justas y merecidas simpatías ha despertado recientemente, así en la isla de Cuba como en la Península por un heroico comportamiento durante la lucha que en aquel país sostienen nuestras armas, empezó á servir el año 1855, siendo ayudante de campo del duque de la Torre, á cuyo lado estuvo durante las jornadas de julio del 56, por lo que obtuvo la cruz de San Fernando.

A los pocos meses fué ascendido á teniente por antigüedad.

El año 59 marchó con el general Serrano á Cuba, de capitán, fué á Santo Domingo durante la anexion, y á Méjico con el general Prim. Entónces se le concedió el grado de comandante. Vuelto á la Península en el momento que se declaró la guerra á Santo Domingo, pidió voluntariamente ser á ella destinado, siendo el general Lerundí ministro de la Guerra. Este quiso hacerlo comandante; pero Chinchilla no aceptó el ascenso para quedar en libertad de volver á la Península al terminar la campaña. Asistió á varias acciones de guerra, entre ellas la de Monte-Cristi y Puerto Plata. Habiéndose designado el empleo de comandante para el capitán que más se hubiese distinguido, y señalado Chinchilla por sus compañeros como acreedor en primer término á esta recompensa, lo renunció en favor del más antiguo de su clase. Al final de la campaña fué ascendido á comandante.

En 1866 y siendo otra vez ayudante del general Serrano, asistió con éste al ataque del cuartel de San Gil, donde entró al mismo tiempo que el coronel Salcedo. Su comportamiento allí fué brillante. Despues se le dió el mando de una columna, con la que contribuyó á dominar la insurreccion.

En la calle del Pez le hirieron el caballo que montaba. Tomó otro para ir á los barrios bajos, que cayó acribillado á balazos en la calle de Cañizares. Por estos hechos fué ascendido á teniente coronel.

En la revolucion del 68 se puso al frente de la guarnicion de Santoña en el momento que tuvo noticia de la llegada á Cádiz de los generales desterrados en Canarias, embarcándose con ella para Santander, donde rechazó las tropas que al mando del general Calonge atacaron aquella ciudad. La junta de Santander lo promovió al empleo de brigadier; pero Chinchilla no aspiraba más que á mandar el regimiento de Isabel II, despues de San Quintín; lo hizo así saber á los generales Serrano y Prim, y sólo se le concedió el empleo de coronel y el mando del regimiento.

Como á Santo Domingo, también pidió voluntariamente ir con su regimiento á Cuba, donde ha asistido durante catorce meses á numerosas acciones de guerra.

En la última en que tomó parte, despues de distinguirse notablemente, tuvo la desgracia de ser herido de un balazo, que le entró por el costado derecho y le salió por el izquierdo. Sólo su privilegiada naturaleza pudiera haber resistido una herida calificada de mortal en los primeros momentos. Las más recientes noticias de la Habana, donde había llegado á restablecerse, son satisfactorias. A su llegada á aquel punto había sido objeto de una entusiasta acogida, visitándole é interesándose en su salud la parte más distinguida de la poblacion.

El Gobierno, en premio de sus servicios de guerra, le ha ascendido á brigadier, comunicándole así por el cable.

JEROGLIFICO.



(La solución es el número próximo.)

Solucion del jerooglífico publicado en el número anterior:

PARIENTE QUE NO LUCO Y CURVILLO QUE NO CORTA, QUE SE PIERDA POCO IMPORTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones	28 rs.
Medio año	53 "
Un año	100 "
EN PROVINCIAS.	
Tres meses las dos publicaciones	32 "
Medio año	60 "
Un año	110 "
EN LA PENINISULA Y ULTRA MAREM.	
Tres meses las dos publicaciones	35 "
Medio año	65 "
Un año	120 "
EN AMERICA Y ASIA.	
Un año	210 "
Cinco años por adelantado	1000 "
En Madrid	4 "